
EXTRAÑOS EN LA TIERRA
VAN S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


VAN. S. SMITH
EXTRAÑOS
EN LA TIERRA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 – VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

printed in spain
Dep. legal V. 918 -1960
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA

Num. Registro 1.851 - 1960



CAPÍTULO I

El sol se había puesto unos minutos antes, y el último grupo de turistas curiosos abandonaba Monte Palomar, cuando el ayudante de servicio fue a situarse ante el cuadro de mandos y oprimió un botón.

Con ruido apenas perceptible, la gigantesca cúpula empezó a descorrerse, y el «*telescopio testigo*» -una simple aguja moviéndose sobre un cuadrante- indicó al operario el ángulo y la posición exacta, del telescopio. Una nueva presión sobre un interruptor puso en marcha los dos ventiladores que en seguida se pusieron a refrigerar el espejo de 5 metros de diámetro y 20 toneladas de peso.

Ante sí, el ayudante tenía la hoja de papel en que figuraban las observaciones del astrónomo, así como el sector del cielo que aquella noche se proponía observar.

Lentamente, casi sin ruido, los servomotores fueron desplazando las 1.500 toneladas del enorme instrumento, haciéndolo deslizarse sobre un rail en forma de herradura hasta alcanzar la posición exacta. A partir de este momento, un cerebro electrónico tomó sobre sí la responsabilidad de

vigilar el telescopio durante un período fijo, de forma que el aparato fuera siguiendo el movimiento de rotación de la Tierra de oeste a este.

El joven profesor Kenneth Bitter llegó con su carpeta bajo el brazo, su mochila en bandolera y el viejo y grueso abrigo que solía utilizar en sus noches de vigilia en la cabina del observador, allá arriba en el extremo superior del gigantesco telescopio.

-¿Todo listo, señor Brady? -preguntó Bitter.

-Sí, señor Bitter -repuso el ayudante-. La noche es muy clara. Espero que consiga usted buenas fotografías.

El astrónomo sonrió sacudiendo la cabeza. Era un joven alto, delgado, con algo del aire desenvuelto del consumado «*sportman*» y la expresión un poco ausente del sabio que pasa la mayor parte de su tiempo absorto en la contemplación de un mundo extraterrenal.

-Gracias, señor Brady -dijo distraídamente-. Así lo espero.

Subió a la plataforma del ascensor, el cual le elevó al nivel de su puesto de observación.

Ya en la jaula del gran supertelescopio, Kenneth abrió el objetivo del «*gran ojo*» y echó una mirada al cielo para hacer por sí mismo las debidas correcciones hasta tener apuntado el aparato justo en aquel punto del espacio que se proponía explorar. Sus sensitivos dedos, largos como los de un artista, estaban sobre los mandos del cuadro.

Kenneth Bitter gozaba fama de obtener imágenes más claras que los demás astrónomos de Monte Palomar. «*Sentía*» mejor que ninguno el instante en que convenía hacer las correcciones justas para que el gigantesco telescopio continuara en su eje de giro. Porque por perfecto que fuera un «*cerebro*» electrónico, éste no era capaz de corregir instantáneamente los ligeros errores de los motores que desplazaban la lente siguiendo el movimiento de rotación de la Tierra. Para corregir estos levísimos errores hacía falta rapidez de juicio e instinto seguro.

La noche era tan clara como Bitter pudiera desear, y en estas condiciones esperaba conseguir una buena fotografía de la lejana nebulosa cuando se «*asomó*» por así decirlo, al espacio y experimentó a modo de una fuerte sacudida.

-¡Cielos, no puede ser!-exclamó en voz alta-. ¡Debo estar soñando!

Pero Bitter sabía que no soñaba. Era un hombre esencialmente práctico, sensato y lleno de sentido común, Y no cabía por otro lado imaginar que alguien hubiera concebido la absurda broma de introducir algún cuerpo extraño entre las lentes del telescopio, para crear la ilusión óptica de que el cuerpo flotaba a gran distancia en medio del vacío sideral.

Rápidamente, Bitter se apartó del objetivo y alargó su enguantada mano hacia el teléfono. Pero se detuvo antes de descolgar el aparato. Volvió a aplicar el ojo al objetivo y miró.

El extraño y amarillento disco, ligeramente decantado, estaba moviéndose en el sentido de la marcha en que se movía, el gran telescopio al seguir el movimiento de rotación de la Tierra, y ya empezaba a salir por el borde inferior del retículo de la lente.

No podía tratarse pues de nada que estuviera introducido en el mismo tubo del telescopio. Era un objeto en movimiento, y Bitter iba a perderlo muy pronto si no se apresuraba a tomar sus medidas.

Bitter, que para entonces estaba respirando agitadamente, hizo presión sobre el conmutador del cuadro de mandos. El gran telescopio aceleró un poco más su velocidad de giro y Bitter comprobó que, aun moviéndose tan lentamente, el objetivo había vuelto a capturar aquel extraño cuerpo que cruzaba el espacio.

Si Bitter no hubiese estado seguro de que acababa de hacer un descubrimiento sensacional, este detalle hubiera bastado para convencerle de que el disco en cuestión se movía en el espacio exterior independientemente del movimiento del telescopio.

Acometido de febril excitación, Bitter introdujo la mano en la mochila y extrajo una de las placas híper sensibles que aquella noche se proponía utilizar para fotografiar cierta lejana nebulosa. Mientras cerraba el objetivo y colocaba la placa en su lugar, hizo un cálculo rápido del tiempo de exposición que necesitaría para capturar en el negativo la imagen de aquel misterioso disco.

-Salga lo que saliere-se dijo al abrir el obturador.

Luego levantó el teléfono y solicitó de la centralilla la línea del despacho del Director del Observatorio.

* * *

El «*hombre de la calle*» que aquella mañana leyó apresuradamente el periódico mientras tomaba a sorbos su café, y luego corrió a alcanzar el autobús para llegar a tiempo al taller o la oficina, ignoró la gran noticia hasta la hora del «*lunch*». En este momento, la radio y la televisión lanzaron simultáneamente la noticia. Y durante unos minutos, mientras los locutores hablaban, se hizo el silencio en los bares y cafeterías atestados de público.

Esto ocurría en San Francisco.

En Nueva York, debido a la diferencia horaria, el «*hombre de la calle*» salía del trabajo cuando se encontró ante los grandes titulares de los periódicos de la tarde y el grito sensacionalista de los voceadores:

-¡Señores ultraterrestres en el cielo de la Tierra! ¡Ultima hora! ¡Los astrónomos de Monte Palomar descubren una misteriosa astronave anclada en una órbita de satélite alrededor de la Tierra! ¡Ultima hora!

En Nueva York, el público se abalanzó materialmente sobre los

vendedores de periódicos. Y un público igualmente excitado y aturdido se reintegró desganadamente al trabajo en San Francisco y otras populosas urbes de la costa del Pacífico.

En todas partes del país, y con escasa diferencia horaria en las demás partes del mundo, el público experimentó una especie de temor acompañado de insaciable curiosidad. ¿Qué era, en definitiva, aquella cosa extraña cuya fotografía publicaban todos los periódicos junto con el retrato del sonriente Kenneth Bitter?

El objeto descrito en los periódicos era al parecer demasiado grande para tratarse de un satélite artificial, puesto en órbita por ninguna potencia de la Tierra.

Bitter, el hombre que descubrió el «*satélite*», era un muchacho listo y no descuidó ningún detalle.

Habiendo anotado cuidadosamente la hora y segundos en que el misterioso objeto desapareció de su vista al entrar en el cono de sombra proyectado por la Tierra, así como la posición y ángulo del gran telescopio de Monte Palomar, se había podido determinar la distancia a que se encontraba el llamado «*disco volante*», y por la distancia y el tamaño aparente, el tamaño real del mismo.

«DEBE MEDIR ENTRE DIEZ Y DOCE KILOMETROS DE DIAMETRO» -hacían destacar los periódicos. Añadiendo-: *«NI LA CIENCIA NI LA TECNICA TERRESTRES, CONJUGADAS, SERIAN CAPACES DE PONER EN ORBITA UN SATELITE DE PROPORCIONES TAN GIGANTESCAS, AHORA NI POSIBLEMENTE DENTRO DE LOS CIEN AÑOS PROXIMOS.»*

¿Se trataba entonces de una nave interplanetaria tripulada por seres extraterrestres?

«INDUDABLEMENTE -decían dos periódicos ensañándose con el temor público-, *LA TIERRRA SE ENFRENTA QUIZAS CON EL MAYOR PELIGRO QUE HAYA CORRIDO JAMAS DESDE LA HISTORIA DE LOS TIEMPOS.»*

Una información igualmente sensacionalista se había lanzado no muchos años atrás cuando Carl Hart, un estudiante de 18 años, tomó dos fotografías de una supuesta formación de «*platillos volantes*» en el cielo nocturno de Lubbock, en el estado de Tejas.

También en aquella ocasión tuvieron amplia difusión las fotografías de Hart. Sin embargo, la personalidad de un joven estudiante de 18 años, que armado de una cámara corriente había logrado sorprender los «*platillos volantes*» en correcta formación, no podía equipararse con la talla científica

del más modesto de los sabios que en Monte Palomar manejaban diariamente el mayor telescopio del mundo.

Por supuesto, que un hombre de la calificación de Bitter jamás se hubiese atrevido a hacer público un descubrimiento de este género sin el previo testimonio de otros astrónomos y otros observatorios astronómicos.

Y esto era lo malo, en verdad. Astrónomos de Sudáfrica, Japón y Australia, confirmaban con sus propias observaciones la audaz declaración de Kenneth Bitter.

Por último -añadían los periódicos- cualquiera podía ver por sí mismo el misterioso objeto, brillando como una estrella de la magnitud de Venus, en el cielo de la Tierra en los minutos que precedían al anochecer, poco después de la puesta del sol. Con unos buenos prismáticos, podían incluso apreciarse los perfiles del extraño y nada tranquilizador visitante de los espacios siderales. Porque el *«aparato no identificado»*,

SE ESTABA APROXIMANDO A LA TIERRA

CAPÍTULO II

A la misma hora que los neoyorquinos seguían con mirada inquieta, la marcha de un objeto brillante en el cielo de su ciudad, pocos minutos después de la puesta del sol, un submarino norteamericano navegaba por el Atlántico, envuelto en la oscuridad de la noche.

El barco, de nombre «Seafisht», iba destinado a relevar una unidad de iguales características de la Flota americana del Mediterráneo.

Bautizado con el nombre glorioso de un antecesor suyo, hundido en combate frente al enemigo en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, el «Seafisht» era un barco completamente nuevo de la serie SSK, es decir, un submarino caza submarinos, dotado de los más modernos sistemas de navegación y detección electrónicos, «*schnorkel*» y motores altamente silenciosos, especiales para navegar en inmersión a una velocidad superior a los 30 nudos, utilizando peróxido de hidrógeno durante tres horas.

En aquel momento, la oficialidad del «Seafisht» se encontraba comiendo y escuchando la radio. Un excitado locutor, desde la terraza de un rascacielos de Nueva York, describía para los atentos escuchas de la costa del Atlántico el aspecto y brillo del «*misterioso objeto*» descubierto por los astrónomos de Monte Palomar. Pero las comunicaciones por radio habían sido defectuosas durante todo el día y, francamente malas en este momento, apenas si permitían a la oficialidad del barco recoger las palabras del locutor entre el barullo de chasquidos y de crepitaciones electrónicas:

-*«El misterioso objeto celeste no identificado aumenta en brillo a medida que crece la oscuridad de la noche sobre este Nueva York dominado por la inquietud y el temor. Esto que algunos han dado en llamar «**astronave marciana**», se desplaza lentamente hacia Orient... Vemos en las terrazas inmediatas numeroso público que provisto de prismáticos vigila ese fascinante punto de luz brillante en el espacio... Señoras y señores radioescuchas…, es sin duda cierto, y los científicos más eminentes del globo están de acuerdo en esta apreciación, que se acercan momentos tal vez decisivos para la Historia y el futuro de la Humanidad terrestres... Nos notifican...»*

Las descargas eléctricas en el éter, se hicieron tan intensas en este instante, que ahogaron por completo la voz del locutor. Dudley Davies, comandante del «Seafisht», hizo un ademán de fastidio.

-¿Por qué no cierran de una vez esa maldita radio? No hay manera de poder oír nada con esa condenada interferencia. Y lo que ese charlatán de locutor ha estado diciendo toda la tarde, tampoco es mucho que digamos.

John Aspinwall, el más joven oficial de la tripulación del barco, era

quien con más ansiedad había estado siguiendo la emisión de radio desde que ésta comenzó. Él era también quien se encontraba más cerca del receptor, y no sin exhalar un suspiro de pena, levantó la mano y cerró el interruptor.

-Bendito silencio -farfulló Richard Bryant-. Ya me estaba dando dolor de cabeza tanto chirrido y carraspeo.

-¿Creen que esa interferencia pueda ser causada por la presencia de la astronave marciana? -preguntó Aspinwall.

Fue Jasper Crane, segundo de a bordo quien contesto:

-Con toda seguridad no se ha registrado jamás una interferencia tan enérgica, ni siquiera en las épocas de mayor intensidad de las erupciones solares. ¿A usted qué le parece, comandante?

Dudley Davies guardó pensativo silencio. Alto, rubio con cabellos color de la arena, cuadrado mentón y ojoso pardos, oriundo de las fértiles llanuras del Panhadle tejano, Dudley Davies era un hombre que se caracterizaba por la concisión de su palabra y un tranquilo, si bien perceptible magnetismo, que parecía irradiar al igual que una luz de toda su persona.

El comandante Davies, como la generalidad de los tejanos tenía la buena cualidad de no hablar más de la mitad de lo estrictamente indispensable, lo cual podía asegurarse era la forma más segura de no incurrir en ridículo cuando se discutían asuntos que no eran de su competencia profesional.

-A mí me parece que estamos concediendo demasiada importancia a ese «*misterioso objeto celeste no identificado*»-repuso Dudley cautamente-. Todos estamos un poco contagiados de ese histerismo sensacionalista de la Prensa mundial, que nos hace ver un peligro inminente para el mundo apenas se dispara un tiro en una remota región de Asia o aparece acuchillado un colono blanco en Sudáfrica o en Kenia. Ocurra lo que ocurra, yo creo que el mundo seguirá existiendo todavía dentro de un millón de años. Y los hombres que entonces habiten este desquiciado planeta, seguirán como ahora echándose a temblar siempre que ocurra en cualquier parte algo que ellos en su ignorancia no acierten a explicar. Creo que después de todo somos bastante ignorantes, y eso es todo.

Las palabras del comandante cayeron como una oportuna ducha de agua fría sobre los excitados ánimos de la oficialidad. John Aspinwall abrió la boca como para protestar, pero Jasper Crane le atajó con un significativo ademán.

-Me parece que el comandante Davies ha explicado la situación con suficiente claridad, teniente Aspinwall. Somos unos ignorantes, he aquí todo. Somos apenas menos ignorantes que los tontos que en el año mil novecientos diez creían que la Tierra iba a chocar contra el cometa Halley y

hacerse pedazos. No ocurrió nada entonces, y tampoco vamos a ser testigos de la destrucción del mundo ahora, tanto si ese «*misterioso objeto*» es una astronave marciana o un simple error de bulto de los astrónomos de Monte Palomar.

Dudley Davies dejó caer sobre su segundo una mirada aprobadora. Esto era justamente lo que él había querido decir. Se puso en pie para abandonar el comedor. Los oficiales iniciaron un desganado movimiento que el comandante atajó con un ademán.

-No se molesten. Gracias.

Abandonó el pequeño comedor deteniéndose en la cámara de radio.

-¿Alguna novedad, sargento?-preguntó al hombre que permanecía ante la radio con los auriculares ciñéndole la cabeza.

-Estamos prácticamente incomunicados con el resto del mundo, señor. No es posible oír ninguna señal, excepto esa serie de gañidos y silbidos que ya oyó usted.

Dudley siguió adelante hasta el puente de mando. Los hombres estaban todos en sus puestos y el teniente Masefield se apresuró a tirar al piso y aplastar con el pie la punta de un cigarrillo. Todo estaba tranquilo allí. El «Seafisht» navegaba sobre la superficie de un mar completamente en calma, propio de la estación estival que atravesaban. Hacía calor y los hombres andaban en camisa y algunos en pantalón corto. El latido de los Diesel y el leve cabeceo de la embarcación eran absolutamente normales.

-Voy arriba a fumar un cigarrillo-dijo Dudley tomando la escalerilla metálica del puente superior.

La brisa fresca y húmeda del mar le acarició el rostro al salir por la escotilla. Los serviolas estaban charlando y dejaron instantáneamente de hablar al ver aparecer la galoneada gorra de un oficial por la trampilla del piso de la torrecilla.

-Sin novedad en el puente, señor-dijo uno de los marineros saludándole.

Dudley levantó el rostro con el instintivo movimiento del marino profesional. Por encima de su cabeza giraba silenciosa e incesantemente la antena del radar. Brillaba la luz roja de situación en lo alto del mástil y, más altas todavía, las estrellas parpadeaban en un cielo oscuro como tinta china. No había luna.

Casi mecánicamente, el comandante levantó la tapa de la caja de la bitácora y echó una ojeada a la brújula comprobando el rumbo. Todo estaba en orden. Por consiguiente ya podía encender su cigarrillo.

Fumó acodado en el antepecho blindado del puente, viendo fosforescer en la oscuridad las olas que iban a romper contra la afilada proa del sumergible, e involuntariamente se puso a pensar en el dichoso «*misterioso objeto celeste no identificado*». Como hombre eminentemente práctico que era, la inquietud de no poder saber qué era «*aquello*» acabó produciéndole

irritación.

-«*¡Al diablo*!»-se dijo para sí. Y arrojó lo que quedaba de su cigarrillo al mar.

Bajó por la escalerilla hasta las calientes entrañas de su buque, donde el aire estaba impregnado de fuerte olor a aceite y petróleo, cambió algunas palabras con Masefield y se dirigió a su camarote. Allí tomó asiento ante su escritorio para hacer las anotaciones de costumbre en el diario de a bordo, las cuales resumió con el conciso: «*Sin novedad digna de mención*.»

Luego cerró el libro, apagó la lamparilla del escritorio y encendió la que caía directamente sobre su litera, empezando a desnudarse.

Mientras se desnudaba, Dudley volvía a rumiar sus ideas a propósito del condenado «*misterioso objeto celeste no identificado*». Dudley había rehusado discutir este tema con sus oficiales. Y no se sentía verdaderamente preocupado, pero no podía evitar cierta íntima excitación. Estaba en el aire; en el pensamiento de sus oficiales cuando escuchaban la radio, en el silencio de Masefield, en la actitud reservada de los serviolas del puente que enmudecieron al verle aparecer. Era contagiosa.

Ya en pijama, Dudley se levantó de nuevo para empujar la palanquita del dictáfono del sistema interior. Casi a continuación del chasquido del interruptor escuchó la voz de Masefield:

-Sin novedad en el puente. ¿Diga?

Dudley preguntó:

-¿Cómo andan nuestras comunicaciones por radio ?

-Seguirnos igual, señor. Incluso podría añadir que 1a. interferencia es ahora más fuerte que antes. No es posible captar ninguna señal, ni siquiera en frecuencia modulada.

-Buenas noches -gruñó Dudley cortando bruscamente la comunicación.

Se acostó, abrió un libro y se puso a leer. La lectura le absorbió a ratos. Como buen capitán de barco, de vez en cuando prestaba atención al rítmico latido de las máquinas y al rumor del agua sobre el férreo costado del buque. Alguien puso en marcha un aparato de radio. Las descargas eléctricas que cruzaban el éter carraspearon ruidosamente. El volumen de la radio bajó de tono. Luego cesó por completo y de nuevo reinó el silencio.

El teniente John Aspinwall había intentado una vez más sintonizar la onda de la emisora de Nueva York. Dudley Davies sonrió volviendo a enfrascarse en la lectura del libro.

Transcurrió quizás una hora. Dudley Davies empezaba a sentir que se dormía. Bostezó poniendo la señal al libro y dejó el tomo sobre la mesilla. Fue en este momento cuando zumbó el aparato telefónico. Dudley prestó oído al ruido de las máquinas, comprobando que era absolutamente normal.

Saltó de su litera y, descalzo, cruzó el camarote hacia el teléfono.

En este instante, la proa del «*Seafisht*» se empinó bruscamente y todo el

barco crujió al ser levantado sobre el lomo de una ola gigantesca que saltó en parte por encima de la cubierta precipitando cataratas de agua por la escotilla abierta. La ola pasó por debajo de la quilla del sumergible, y el inestable piso pareció hundirse bajo Dudley cuando éste iba lanzado de cabeza contra un mamparo, al mismo tiempo que el barco se deslizaba raudamente por el lado opuesto de la montaña de agua hacia el abismal seno de la ola, donde recobró con otro crujido la horizontal.

El «*Seafisht*» cabeceó rudamente en tanto llegaba de la cocina el formidable estruendo de una pila de platos haciéndose añicos. Otros objetos sueltos por todo el barco cayeron con estrépito, y varios marineros, arrancados bruscamente de un tranquilo sueño, fueron arrojados de sus literas al piso.

Dudley Davies se incorporó y salió al corredor. John Aspinwall apareció en la puerta de su cabina, el cinturón salvavidas en una mano y en la otra sus pantalones, en paños menores.

-¿Qué ocurre, señor? -preguntó tragando saliva.

-No lo sé -repuso Dudley-. Yo diría que fue un maremoto.

-A mí me pareció que el barco se partía en dos pedazos.

Dejando a Aspinwall luchando con sus pantalones y el chaleco salvavidas, Dudley corrió hasta el puente de mando. El agua chorreaba todavía por la escotilla abierta, obstruida en parte por el cuerpo exánime y empapado de un marinero, del cual tiraban otros dos marineros que estaban debajo.

-¿Qué fue eso, Bryant? -interrogó Dudley al teniente que hacía solo una hora había relevado a Masefield en la guardia del puente.

-Parece que fue un maremoto, señor -repuso el oficial-. Los marineros de servicio en el puente avisaron y corrieron hacia la escotilla, pero Avery fue alcanzado por el golpe de mar antes que pudiera escapar.

Aspinwall, Grane y hasta Masefield que hacía poco había salido de guardia, llegaron en pijama y echaron una mano a los marineros que trataban de descolgar al marinero Avery. Este tenía sangre en la nuca y en la comisura de los labios.

-Llévenle a la enfermería -ordenó Dudley-. ¿Quién estaba con Avery en cubierta?

-Yo, señor. Marinero Jones -repuso uno de los marineros que conducían al herido.

-¿Qué fue lo que ocurrió ?

Los demás salieron trasportando a Avery, excepto Jones y Crane que se quedaron en el puente. Jones habló excitadamente:

-Nos pilló de sorpresa, señor. Era una ola grande como una montaña. Vino rodando a tremenda velocidad, fosforesciendo en la oscuridad de la noche. Yo le dije a Avery *«¡abajo, es una ola!»*. Pero él se quedó mirando

sin creer que aquello fuese una ola. Cuando intentó seguirme era demasiado tarde. La ola vino sobre nosotros y nos asaltó por la proa así..., ¡paf! Si en vez de venir de frente, nos coge de costado, arrolla el barco y nos lleva rodando hasta la costa de Nueva Inglaterra. Yo había visto antes un maremoto en las Hawái, señor. Pero una ola tan grande como ésta, ¡jamás!

-Es posible que esa ola haya dado lugar a numerosos naufragios en esta zona -murmuró Dudley pensativamente-. ¿Seguimos con esa maldita interferencia?

-La interferencia continúa, capitán. Pero hay algo más -repuso el teniente Bryant gravemente-. ¿Quiere echar una mirada a la brújula?

Dudley así lo hizo.

-¿Qué le ocurre a esta brújula?-exclamó observando que la aguja giraba locamente en el cuadrante.

Bryant carraspeó y dijo:

-Eso era lo que iba a consultarle en el momento que nos alcanzó la ola. Le llamé por teléfono por si todavía seguía despierto. Ocurrió poco después de haber tomado mi guardia, pero en realidad empezó con el radar. El sargento Harrigan me llamó y me mostró la pantalla del radar. La pantalla estaba llena de una gran mancha de luz fluorescente y Harrigan aseguró que debía estar ocurriendo algún fenómeno eléctrico que «*deslumbraba*» al radar. Entonces vine a consultar la brújula y vi que ésta también estaba influenciada por el fenómeno electromagnético. Esperé un largo rato por si aquello pasaba..., pero la anomalía persistía y me decidí a llamarle.

Dudley Davies se volvió en redondo hacia el sargento Harrigan, que estaba sentado junto a la pantalla de radar apretándose con un pañuelo un regular chichón de la frente.

-¿Persiste ese deslumbramiento del radar, sargento?

-No puedo decirle, señor. La pantalla quedó súbitamente a oscuras después del golpe de mar. Debe haber algún desperfecto arriba, en la antena giratoria.

-Crane -dijo Dudley volviéndose hacia su segundo-. Vaya arriba con Harrigan y compruebe los desperfectos que hayamos podido tener en la obra muerta y en la antena del radar. Voy a ponerme alguna ropa.

Dudley entró en su camarote, se vistió rápidamente y salió tomando de la percha su fuerte chaquetón de cuero. El «*Seafisht*» seguía navegando, cabeceando sobre una mar revuelta hasta en sus profundidades. Toda la tripulación se hallaba de pie. Los hombres comentaban lo sucedido en los corredores, y eran frecuentes las entradas y salidas en la enfermería para atender a chichones y buen número de contusiones.

El comandante trepó por la escalerilla hasta el puente superior. Crane, Masefield y Harrigan se encontraban allí inspeccionando con sus

lamparillas eléctricas los desperfectos sufridos por la antena giratoria del *«radar»*. La antena había desaparecido, y el mástil de acero que la sostuvo aparecía doblado en ángulo recto. El golpe de mar que produjo aquellos desperfectos se llevó también el mástil con la antena de la radio y las luces de situación.

Ni el periscopio ni el «schnorkel», ambos recogidos, habían sufrido daños.

-¿Cree que podrá arreglarlo, Harrigan ? -preguntó Dudley.

-Con la antena de radio no hay problema. Podemos tender una provisional. También podemos colocar una antena para el radar, fija, y apañarnos con ella hasta que lleguemos a Europa o regresemos a la base en busca de otra completamente nueva.

Todo el grupo volvió a bajar por la escalerilla hasta las tibias entrañas del sumergible. El problema que se le planteaba ahora a Davies, era si debía regresar a la base de los Estados Unidos o continuar adelante para reparar en una base de Europa o el norte de África. Lo corriente, en estos casos, era consultar con el almirante jefe de la base por radio.

Pero no había manera de utilizar la radio con aquella maldita crepitación eléctrica que tenía bloqueadas todas las comunicaciones inalámbricas del hemisferio occidental.

-Teniente Bryan, reduzca la marcha a media máquina. Los electricistas tratarán de montar esas antenas provisionales mientras tanto, y tal vez al amanecer haya cesado esa condenada interferencia y podamos comunicar con la base.

Dudley, por último, giró una rápida visita de inspección por todo el barco, retirándose después a su camarote.

Pero tal como había sucedido al resto de la tripulación, los últimos acontecimientos de la noche habían alejado de él toda sombra de sueño. Se acostó vestido y fumó en la oscuridad de su cabina. Había dejado instrucciones para que le llamaran si se efectuaba algún cambio en el estado de las transmisiones por radio, y no pasó media hora antes que llamaran discretamente con los nudillos en la puerta.

Era un marinero de primera del grupo de transmisiones.

-La interferencia ha cesado de repente, señor. Ya es posible comunicar con la base, según parece.

Dudley salió del camarote deteniéndose en la cabina de la radio. Un cabo telegrafista, ceñida la cabeza por un par de auriculares, auscultaba atentamente los pitidos del receptor al mismo tiempo que escribía rápidamente sobre un papel.

Dudley esperó en silencio hasta que el cabo levantó la cabeza, arrancó la hoja de papel de su bloc y se la tendió diciendo:

-Un comunicado de la Base, señor.

Dudley Davies pasó rápidamente sus ojos sobre el papel.

«Del almirante jefe de la flota submarina del atlántico al comandante del submarino ***«Seafisht».*** *Stop. Aparato volador no identificado se supone amerizó en zona Singladura. Stop. Mantenga vigilancia comunicando rápidamente cualquier descubrimiento relativo a dicho aparato observando precauciones debidas. Stop. Fin transmisión.»*

La hoja de papel crujió entre los crispados dedos del capitán Dudley Davies. ¡La supuesta astronave marciana había amerizado en pleno Atlántico!

Un estremecimiento nervioso recorrió la medula de Dudley Davies, en tanto su imaginación se lanzaba desbocadamente por el camino de la deducción. Si la *«astronave»* existía, como así debía ser desde el momento que la Armada tomaba cartas en el asunto, Dudley podía adivinar sin mucho esfuerzo lo ocurrido.

Una *«astronave»* que midiera entre *«diez y doce kilómetros»* de diámetro y que se dejara caer sobre el océano, aunque lo hiciese muy suavemente, tendría que desplazar una masa de agua que formaría una ola gigantesca semejante a la que asaltó al *«Seafisht»* en plena noche. Y si esta inmensa mole era de acero, como lógicamente podía esperarse, ella podría causar aquella perturbación en la brújula que tanto había intrigado al teniente Richard Bryant. Por último, el *«deslumbramiento»* del radar...

Dudley se detuvo en el curso de sus pensamientos sintiéndose estremecido por algo parecido a una fuerte descarga eléctrica. ¡El deslumbramiento del radar!

-¡Gran Dios!-exclamó roncamente-. ¡Si estamos PRECISAMENTE delante de ese..., de esa...!

Cerró la boca y echó a correr por el pasillo hacia el puente.

CAPÍTULO III

Lo primero que sorprendió a Dudley Davies al pisar la cubierta del puente, fue la extraordinaria apacibilidad del mar. El viento había caído, reinaba un bochorno impropio de aquellas latitudes, y flotaba en el ambiente pegajoso aquella tensión eléctrica precursora de una tempestad.

El cielo, en efecto, apreciábase completamente oscuro delante de la proa del sumergible, cubierto al parecer por un banco de nubes que abarcaba todo el horizonte de SE. a NO. hasta una gran altura. Sin embargo no se distinguía el más leve resplandor de un relámpago. El barco parecía navegar sobre la resbaladiza superficie de una balsa de aceite, no escuchándose más ruido que el rumor de las aguas abiertas por la proa del «*Seafisht*» y el acompasado latido de sus poderosos motores Diesel.

-Atención al puente. Paren las máquinas -ordenó Dudley Davies volviéndose hacia Jasper Crane que estaba a su lado.

El segundo tornó el teléfono de la caja impermeable y trasmitió la orden abajo. La voz de Richard Bryant llegó hasta el puente por la abierta escotilla:

-¡Alto! ¡Paren las máquinas!

Los motores Diesel enmudecieron de repente. El «*Seafisht*» siguió navegando todavía unos minutos por el impulso que llevaba, y al cesar éste se detuvo quedando completamente inmóvil sobre un mar en calma. El silencio hízose entonces tan denso que los marinos que estaban en cubierta lo sintieron pesar sobre sí como una masa de plomo.

La voz del teniente Crane rezongó en la oscuridad:

-Parece increíble, Davies. ¿Cree que esa barrera oscura pueda ser «*nuestra*» astronave marciana?

-Pudiera ser, Crane. Imagine una máquina voladora que mide de diez a doce kilómetros de diámetro. Lo menos debe de tener un millar de metros de altura, si guarda la debida proporción entre su anchura y su grosor. Una masa de tan gigantescas dimensiones que tenga solamente la mitad de su obra sobre la línea de flotación, debe levantarse lo menos seiscientos metros arriba del nivel del mar. «*Eso*» que estamos viendo podría ser «*nuestra*» astronave. ¿No cree?

La respuesta de Jasper Crane tardó bastante en llegar:

-Todo esto es demasiado fuerte para mí. Me..., me siento aplastado. Sí, aplastado, ¡Es tan fantástico!

Peter Masefield habló a su vez a la izquierda de Dudley:

-Suponiendo que «*eso*» sea la astronave ¿no es temeraria nuestra permanencia en este lugar, inmóviles y probablemente observados por el radar de esos seres extraterrestres?

Dudley Davies no contestó. Esta situación era completamente nueva para él como para cualquiera de sus oficiales. Pero mientras que Crane, Bryant o Masefield podían apuntarle sugerencias, era a él exclusivamente a quien correspondía tomar una decisión. ¿Y qué condenada decisión le cabía adoptar a un comandante de submarino en presencia de un artefacto venido de otro mundo, del cual lo ignoraba todo, incluida la naturaleza de los seres que lo tripulaban, sus propósitos pacíficos o belicosos, ni siquiera la potencia y alcance de sus armas..., suponiendo que la *«astronave»* estuviera dotada de un eficiente armamento como cabía esperar?

-Si al menos no hubiéramos perdido la antena del radar, sabríamos a qué atenernos respecto a esa barrera negra que tenemos enfrente -rezongó Dudley, más bien para sí como simple comentario.

Crane apuntó:

-Dada la quietud del mar y la falta de viento, yo diría que estamos resguardados por un acantilado que bien podría ser el costado de esa endiablada *«astronave»*.

Aunque nada había dicho, estas señales eran precisamente las que Dudley había tomado como indicio de la proximidad del alucinante artefacto.

-Si esa *«astronave»* posee medios de detección por radio, probablemente los tendrá también de detección submarina -dijo Dudley pensativamente. Luego reflexionó añadiendo-: De cualquier forma, creo que estaremos más seguros sumergidos. Grane, prepárelo todo para inmersión.

-A la orden, señor -Grane apretó el claxon y tomó el teléfono de la caja-: ¡Despejen la cubierta! ¡Prepárense para inmersión!

Dudley bajó el primero por la escalerilla hasta el puente de mando inferior. Richard Bryant le estaba mirando esperando órdenes. Dudley dijo:

-Vamos a sumergirnos a doscientos metros y acercarnos a esa supuesta *«astronave»* utilizando el *«sonar»*. Daremos una vuelta alrededor para establecer sus verdaderas dimensiones. No creo que saberlo con exactitud vaya a servirnos de mucho, pero eso al menos entretendrá nuestra espera hasta que amanezca y podamos verle por el periscopio.

-Muy bien, señor.

Crane, Aspinwall y Masefield bajaron por la escalerilla y el último de ellos cerró la escotilla. De distintos puntos de la nave iban llegando las voces reglamentarias:

-¡Despejada la cubierta!

-¡Listos para inmersión en el compartimento de proa!

-¡Listos para inmersión en el compartimiento de popa!

Jasper Grane ordenó pausadamente:

-Inundar tanques tres y cuatro. Motores eléctricos. Máquina adelante un

tercio. Sumergir a quince grados y cien metros.

-Doscientos -corrigió Dudley.

-Sumergir a doscientos metros.

-Navegación silenciosa-agregó Dudley.

Crane repitió:

-Navegación silenciosa. Equipo sonar a sus puestos.

El «*Seafisht*», dócil a las manos de su experta tripulación, empezó a moverse hacia adelante al mismo tiempo que se sumergía. Siguió una larga pausa mientras la aguja del batímetro iba señalando las sucesivas profundidades por que pasaba el buque. La aguja, finalmente, indicó los 200 metros. Crane ordenó:

-Nivelar a doscientos.

Dudley Davies se volvió hacia el sargento Harrigan, el cual estaba de pie detrás del especialista de *«sonar»*.

-Adelante, Bertie -dijo Harrigan.

El *«sonar»* lanzó una pulsación sonora que fue devuelta en forma de un eco de distinto diapasón. Los oficiales se miraron unos a otros.

-Eco muy fuerte, señor, aunque todavía está lejos -anunció el sargento.

-Vamos a acercarnos a doscientos metros y a navegar circunvalando el objetivo -dijo Dudley-. Póngase ante los instrumentos, Bryant, y vaya tomando nota del cambio de rumbo y la distancia recorrida. Quiero determinar con exactitud el verdadero tamaño de esa *«astronave»* si es que ello es posible.

-Muy bien, señor.

El *«Seafisht»* siguió navegando en línea recta en la dirección que llegaba el eco del *«sonar»*. Cuando los sensitivos instrumentos indicaron que el férreo muro de la *«astronave»* se hallaba a 200 metros de distancia, el buque viró a babor y empezó a rodear silenciosamente la gigantesca masa.

Los hombres permanecían todos en sus puestos, y bien podía decirse que jamás los distintos servicios de aquel buque estuvieron tan bien servidos. Hasta los torpedistas se hallaban quietos en sus puestos, aunque nadie en realidad les había ordenado situarse allí. Y si algo había verdaderamente extraño a bordo de la nave, era el crispado silencio en el que las mentes rumiaban a solas los más siniestros pensamientos.

Todos se sentían un poco extraños, y esta sensación no perdonaba siquiera al comandante del *«Seafisht»*.

Alrededor de los tripulantes del sumergible, las cosas estaban en su lugar, y las caras que los rodeaban eran caras familiares y conocidas. Mas, sin embargo, a muy corta distancia de ellos, más allá de los costados de su buque, de unos 200 metros de agua y del espesor de los muros del *«aparato volador no identificado»*, unos seres extraños, distintos quizá a la

naturaleza humana como nadie pudiera imaginar, realizaban una labor idéntica siguiendo por medio de sus aparatos los movimientos del submarino que merodeaba a corta distancia de su gigantesca nave.

¿Cómo serían las criaturas que estaban dentro de aquel artefacto? ¿Qué gigantescos, increíbles y jamás soñados medios de destrucción no tendrían a su alcance, unas criaturas que habían sido capaces de venir de otro mundo y hacer posar en el océano de la Tierra una máquina tan enorme como aquélla?

En verdad, que éstas y muchas otras preguntas poco tranquilizadoras estaban en el ánimo de' los tripulantes del *«Seafisht»*, y había muy escasas ponderaciones sobre las cuales descansar un mínimo de confianza.

Una opinión callada, mas no por ello ignorada por nadie, era que el comandante Davies se estaba comportando como un loco suicida arriesgando su barco y toda la tripulación en este juego estúpido de darle vueltas a la monstruosa *«astronave»*, como un ratón olfateando al gato que solo alargando su zarpa le puede atrapar y hacer pedazos.

Quizá el gato, en esta ocasión, estuviese observando al ratón con tanta curiosidad como el comandante Davies examinaba a su gigantesco oponente. ¿Más qué ocurriría si de pronto los marcianos -quien diablos fuesen los tripulantes de la *«astronave»*- se cansaban de observar y ponían en acción sus fantásticos medios de destrucción contra el impertinente pigmeo que los rondaba?

Con todas estas preguntas atropellándose en su deprimido ánimo, puede asegurarse que los nervios de la tripulación del *«Seafisht»* estaban tensos como cuerdas de guitarra, y que siendo el apego a la vida un instinto irracional de la especie, cualquiera pegaría un brinco de sobresalto al producirse el menor ruido dentro del barco.

En Dudley Davies quizá, este instinto de conservación, aun existiendo como era natural, estaba como adormecido entre los pliegues de algo más racional, tal como era el sentido del deber tan agudizado en aquel temperamento esencialmente práctico y deductivo.

Ni una vez se preguntó Dudley si sentía miedo. Simplemente le habían encomendado una misión, y él trataba de cumplirla lo mejor que podía.

Por otra parte, Dudley pensaba que una nave espacial marciana, construida expresamente para surcar el vacío cósmico hasta la Tierra, no estaría tan bien equipada como un submarino de la Tierra para moverse en un elemento que le era extraño a la *«astronave»*; es decir, el mar.

-Apuesto a que ese artefacto no está equipado con nada que se parezca a nuestro *«sonar»* -dijo Dudley Davies una vez, compendiando así un razonamiento mucho más largo.

A lo que el teniente Masefield contestó irónicamente:

-Dios bendiga su falta de imaginación, comandante. Creo que ahora me

siento mucho más tranquilo.

El *«Seafisht»* prosiguió su sigilosa ronda, hasta que al cabo de media hora, el teniente Bryant levantó los ojos de la carta y anunció:

-Si mis cálculos no fallan, nos encontramos en el mismo punto desde el cual emprendimos nuestra navegación en círculo. Hemos recorrido veinte millas aproximadamente en casi dos horas.

Dudley Davies hizo un rápido cálculo mental.

-Eso nos da para la «astronave» un diámetro aproximado de seis millas y media. Los astrónomos de Monte Palomar le echaron bien la medida al artefacto. Este debe medir en números redondos unos doce mil metros de diámetro.

John Aspinwall dejó escapar un largo silbido de asombro.

-Eso no es una nave -objetó Masefield-. Eso es toda una isla.

-¿Cuánto falta para el amanecer? -preguntó Dudley a Crane.

-Habrá suficiente luz para ver ese armatoste dentro de una hora, si es eso lo que quiere saber.

-Sí, eso es lo que quería saber -repuso Dudley. Miró en rededor los crispados rostros de sus oficiales-. Podemos tomar una taza de café, fumar un par de cigarrillos y charlar un rato antes de sacar el periscopio y echarle una ojeada a *«eso»*.

-¿Si nos alejáramos un poco..., siquiera fuese para obtener una mejor perspectiva desde lejos?-sugirió Masefield tímidamente.

-Eso vamos a hacer-repuso Dudley.

El *«Seafisht»* se alejó tres millas, maniobró oportunamente y redujo su velocidad al mínimo indispensable para mantenerse alrededor de los 200 metros de profundidad. Comenzó aquí la espera, y aunque amenizada por el café y los emparedados que se trajeron de la cocina, puede decirse que resultó la más larga de cuantas ninguno de los tripulantes del *«Seafisht»* habían vivido hasta entonces.

-Bueno, muchachos -dijo el comandante por fin arrojando al piso los restos de su cigarrillo-. A profundidad de periscopio, y sea lo que Dios quiera.

-¡Eleven a quince metros!-ordenó Bryant.

-Aumenten la velocidad a dos tercios.

-Máquina a dos tercios.

-Arriba ese periscopio, John -indicó Dudley a Aspinwall amistosamente.

El joven teniente, cuyo rostro aparecía rojo como una cereza, pulsó el botón que hizo subir el reluciente árbol del periscopio. Dudley desplegó los manguitos, miró a los expectantes rostros de sus oficiales y murmuró:

-¡Hum! Todos estamos un poco nerviosillos ¿no es cierto?

Pegó los ojos a los oculares y esperó. Al principio no vio nada en

absoluto. Luego percibió una mancha de luz lechosa a medida que el submarino emergía, y de pronto vio el agua que escurría por el cristal y la superficie del mar.

-¡Nivelen!

-¡Timones de profundidad a nivel! -gritó Bryant.

Con el aliento contenido, Dudley Davies empujó los manguitos imprimiendo un pequeño giro al periscopio

Bien, allí estaba. Había estado esperando verlo toda la noche, y aun así no pudo reprimir un respingo de sobresalto. Una ligera bruma se pegaba tenazmente a la superficie del mar, liso y bruñido como una lámina de acero, irisado de reflejos metálicos cual una balsa de mercurio. Y surgiendo de esta bruma, alto e imponente, se levantaba el gris costado de la *«astronave»,* formidable como un acantilado cortado a pico sobre el mar, recortado en su cumbre contra el cielo ambarino del amanecer.

-¡ Davies, por el amor de Dios! -clamó el teniente Masefield junto a Dudley-. ¿Lo ve? ¿Está ahí?

-Sí -dijo Dudley casi sin aliento. Y hubo de repetir-: Sí, ahí está.

Se retiró jadeando y cedió el periscopio a Masefield, Bryant y Grane, que pelearon un instante entre sí por ser los primeros en echar una mirada a la extraordinaria *«nave del espacio»* venida de otro mundo.

CAPÍTULO IV

Bien -dijo Dudley Davies luego que todos hubieron echado por turno su mirada a través del periscopio-. Tenemos que hacerlo ahora. La bruma espesará probablemente de este lado de la *«astronave»* antes que salga el sol.

-¿De qué está hablando, comandante? -interrogó Jasper Crane.

-Hablo de emerger, naturalmente. Recuerden que el alto mando está esperando quizá impaciente nuestras noticias, y para poder radiar nuestro parte tenemos que salir afuera. No tenemos antena de radio.

Crane, Bryant, Masefield y Aspinwall, cruzaron entre sí una mirada preocupada. Fue Richard Bryant quien habló:

-Si salimos a flor de agua, aunque nos enmascaremos tras la bruma, sus aparatos de detección nos descubrirán.

-Tenemos que *correr* ese riesgo. Solo permaneceremos en la superficie un par de minutos, el tiempo suficiente para radiar a la base nuestro informe y volver a sumergimos.

-¿Por qué no nos alejamos cuarenta millas, fuera de la vista de los tripulantes de la «astronave», y emergemos entonces para poder radiar con toda tranquilidad nuestro informe? -preguntó el teniente Aspinwall.

A lo que Dudley repuso con rapidez y sequedad:

-Solo por una razón, teniente Aspinwall. Para ponernos fuera del alcance de la vista de nuestros extraños visitantes, necesitaríamos navegar durante dos horas, teniendo en cuenta la considerable altura de ese artefacto sobre el nivel del mar. Y en dos horas, el informe que nosotros tengamos que radiar a nuestra base puede haber perdido todo interés, suponiendo que nuestro país envíe aeroplanos exploradores sobre la *«astronave»*.

-Perdone, señor -murmuró el teniente enrojeciendo hasta la raíz de sus rojos cabellos-. Usted sabe seguramente mejor que ninguno lo que debe hacer.

Dudley miró sucesivamente a Jasper Crane, Richard Bryant y Peter Masefield.

Bryant suspiró y dijo:

-Bueno. Supongo que alguien tiene que ser el primero en presentarse delante de esos tipos y presentar el pecho diciendo *«aquí estoy yo»*. Si tal honor, o tal desgracia ha recaído sobre nosotros, estamos perdiendo el tiempo lamentablemente. La bruma despejará al salir el sol.

-Sí -dijo Dudley. Y volviéndose hacia Bryant ordenó-: Tome nota del siguiente despacho, teniente:

*«Del comandante del «**Seafisht**» al almirante jefe de la Flota*

Submarina del Atlántico. Identificada astronave desconocida navegamos en círculo a su alrededor. Su diámetro es de doce mil metros aproximadamente, por seiscientos cincuenta metros de altura sobre el nivel del mar, y otros cuatrocientos metros de calado. No se aprecia actividad alguna por el momento. Quedamos a la espera de nuevas órdenes.»

-¿Es todo? -preguntó Bryant moviendo rápidamente su lápiz sobre la hoja del bloc.

-Es todo lo que hasta ahora hemos averiguado ¿no? Añada la posición y ocúpese de que sea expedido apenas asome la punta de la antena fuera del agua. No dispondremos de mucho tiempo.

-Está bien, señor.

Dudley hizo una seña al teniente Crane. Se acercó al teléfono y habló:

-Atención. Toda la tripulación a sus puestos de combate. Preparados para emerger.

Jasper Crane añadió como colofón:

-Abajo el periscopio. Soplen los tanques tres y cuatro. A la superficie.

Los oficiales cambiaron una nerviosa mirada entre sí mientras sentían elevarse el piso bajo sus pies. El aire comprimido entró silbando en los tanques. Se produjo una corta y tensa espera hasta que el teniente Crane anunció:

-¡Ahora!

Dudley Davies, colgantes del cuello los prismáticos, trepó por la escalerilla, hizo girar el manubrio de la escotilla y empujó la trapa de acero. Un chorro de agua fría cayó sobre su gorra y su chaquetón de cuero. Saltó ágilmente al húmedo puente y lanzó una mirada de ansiedad sobre la líquida superficie del Océano.

Alto, formidable e imponente, el costado de la *«astronave»* se elevaba como un recio acantilado cortado a pico desde el nivel del mar hasta las vertiginosas alturas del cielo. Surgía de la bruma y se destacaba con mayor nitidez a medida que se elevaban los ojos hasta el amplio arco que formaba su canto superior. Parecía cobrar forma y consistencia de la nada, y gravitar sobre la cabeza de las atónicas criaturas que lo miraban desde abajo.

El *«Seafisht»* era, al pie de aquella gigantesca mole, menos que un ratón a la sombra del Empire State de Nueva York. El hombre de la Tierra no se había visto jamás ante máquina u obra capaz de compararse a este artefacto. Por espacio de dos minutos, la abrumadora sensación de debilidad y el estupor que los oficiales del *«Seafisht»* experimentaron, les impidió pronunciar palabra.

-¡Condenación!-exclamó Masefield con voz ronca.

Dudley Davies recordó entonces que tenía una misión que cumplir. Empuñó los prismáticos y los asestó sobre la imponente mole gris de la *«astronave»* que se elevaba a 4 millas de distancia. John Aspinwall, que

había subido al puente detrás de Masefield, murmuró entrecortadamente:

-Obra de gigantes..., para ser tripulada por gigantes...

Los dientes del joven teniente castañearon. Al mismo tiempo, Dudley Davies experimentó una física sensación de frío. Masefield preguntó quedamente, como temeroso de que su voz llegara hasta los seres que tripulaban la fantástica *«astronave»*:

-¿Crees que pueda haber gigantes ahí dentro, John?

-No hace mucho leí algo acerca de los posibles habitantes de Marte. ¿Sabes cómo serían los marcianos si existieran, Peter? Medirían entre cinco y siete metros de altura... Porque la pequeña fuerza de gravedad de su planta les permitiría alcanzar estaturas que son prohibitivas para nosotros aquí en la Tierra.

-Dices si existieran, John. ¿No crees entonces que se trate de seres venidos de Marte?

-No lo sé, Peter. Nadie lo sabe... ¡Dios mío, es espantoso! ¡La Tierra invadida por los gigantes! ¿Imaginas eso, John?

Masefield guardó silencio. Se estremeció friolero.

-¿Es que lo parece..., o realmente hace frío aquí ? -preguntó.

Dudley acababa de darse cuenta de este súbito descenso de la temperatura y miraba a su alrededor con el ceño fruncido. Era extraño aquello, porque el frío no estaba en el aire, sino que parecía brotar del mar. Observó de pronto que se estaba formando una delgada película de hielo sobre la cubierta. ¿Cómo era posible aquello? En estas latitudes y en esta época del año...

-Si vamos a estar mucho rato aquí, deberíamos bajar por nuestros capotes -observó Masefield.

-No -repuso Dudley-. No vamos a permanecer mucho en la superficie. Pero es muy extraño lo que está ocurriendo. Helando en esta latitud..., y en pleno verano. ¿Cómo demonios?...

Dudley se interrumpió. ¿Tendría algo que ver la «*astronave*» con este frío súbito que parecía salir del mar? Observó que las aguas humeaban. La neblina estaba espesando con rapidez y ya apenas si podían ver la «*astronave*» a través de ella. Las planchas del piso estaban tan frías bajo sus plantas, que Dudley sintió helársele los dedos de los pies.

El teléfono zumbó dentro de la caja impermeable. Al intentar quitar el pasador de la caja, Dudley sintió tan frío el metal que le quemó en los dedos de la mano. Hubo de hacerlo utilizando su pañuelo, y con el pañuelo también empuñó el teléfono.

-Atención al puente -era la voz de Jasper Crane-. Hemos expedido mensaje a la base y recibido otro. ¿Nos sumergimos?

-Eche una mirada al termómetro, Crane. ¿Cuál es la temperatura del mar?

La respuesta de abajo tardó un poco en llegar.

-¡No lo comprendo, comandante! Según el termómetro, el mar está cinco grados por debajo del punto de congelación. ¿Es posible eso?

-La temperatura está bajando muy aprisa -repuso Dudley hondamente preocupado-. Prepárense para inmersión rápida.

-Sí, señor.

Dudley encerró el teléfono en la caja impermeable. El claxon atronó sobre cubierta:

iGoiiihg! ¡Goiiihg!

-Todo el mundo bajo cubierta -ordenó Dudley.

John Aspinwall empezaba a descolgarse por la escotilla cuando de pronto, el barco experimentó una fuerte sacudida. Oyóse un crujido. Un témpano de hielo saltó ante la proa del sumergible y se hizo pedazos sobre cubierta. Aunque el «*Seafisht*» navegaba solo a un tercio de su velocidad, el choque precipitó a Dudley Davies y Peter Masefield contra la borda del puente.

Después de haber sido retenido en su marcha, el buque dio otra embestida adelante. Chocó de nuevo con fuerte crujido. Luego quedó definitivamente detenido.

-¡Hemos encallado!-gritó Masefield excitadamente. Y señaló extendiendo el brazo-: ¡Mire, capitán... el mar ha quedado helado!

CAPÍTULO V

La historia no había registrado nunca un amanecer más siniestro que aquel. En Europa, donde por razón de la diferencia horaria amaneció más temprano, las gentes que sintonizaron la radio mientras desayunaban escucharon la asombrosa nueva del amerizaje de la «*nave interplanetaria*» en medio del Atlántico.

La arribada de seres extraterrestres, en la que muchos se resistían todavía a creer la tarde anterior, se convirtió así en un hecho real testificado por los potentes radiotelescopios británicos, aviones en ruta, y gran número de naufragios en la zona donde la onda desplazada por la gigantesca máquina pilló desprevenidos a los barcos que navegaban por la ruta comercial de Europa.

La radio, que la víspera parecía complacerse en agigantar la nota alarmista del suceso, se mostró aquella mañana más comedida y prudente en sus noticias y comentarios. En realidad, sugiriendo a los millones de escuchas *«serenidad en estas horas de dudas que nos aguardan»*, las emisoras de radio lograron un resultado contraproducente. El público, recogiendo el acento excitado de los locutores, entendió que un gran desastre se cernía sobre el mundo. Y el pánico cundió.

En París, en Londres, en Berlín y en Roma, y en todas las ciudades grandes y medianas de Europa, aquellos que poseían un automóvil se apresuraron a recoger lo más indispensable, y metiendo a sus familias en el coche, salieron apresuradamente de las ciudades.

Así, mientras todas las carreteras que conducían a la campiña o las montañas quedaban taponadas por aquel multitudinario tráfico, las gentes más humildes corrían hacia las estaciones y formaban grandes colas ante las tiendas y almacenes de comestibles, entendiendo que cualquier cosa que ocurriese, provocaría de nuevo las hambres y horrores ya experimentados durante la última guerra mundial.

Con poca diferencia, en Nueva York y el resto de las grandes ciudades de América, el público se precipitó también hacia sus automóviles y desbordó las carreteras con una masa de trepidantes y vociferantes máquinas que avanzaban lentamente, tocándose las traseras de los que marchaban delante con las aletas y parachoques de los que empujaban por detrás.

El mundo no había conocido jamás una fuga en masa de proporciones tan gigantescas. El temor a lo desconocido, el peor de los temores que era capaz de experimentar el corazón humano, estaba latente en la irracional forma de conducta de las masas.

Los propios estados mayores de los ejércitos de todo el mundo daban la

pauta a esta febril agitación, llamando a sus destinos a soldados y oficiales en uso de licencia, acuartelando las tropas y cruzando entre sí una balumba de mensajes, consultas, y demandas de información que, al menos por el momento, nadie estaba en condiciones de poder facilitar.

Mientras, en la angustiosa espera, las fuerzas armadas hacían exhibición de su potencia en un esfuerzo por tranquilizar al público.

Escuadrones de aviones a chorro cruzaban rugiendo por encima de las ciudades en ebullición y las carreteras desbordadas de tráfico. En las bases navales, a la incierta luz del amanecer, los buques de guerra repostaban de combustible, quitaban el encerado a sus grandes cañones y coronaban sus chimeneas con blancas columnas de vapor, anunciándose con las calderas a presión, listos para zarpar a la primera orden.

En todas sus bases esparcidas por la redondez del planeta, el mando aéreo estratégico de los Estados Unidos, la mayor fuerza de ataque que jamás poseyó el mundo, se hallaba alerta con sus grandes bombarderos atómicos listos para despegar en cualquier instante para llevar a cabo cualquier misión en cualquier lugar de la Tierra.

Pero la orden de ataque no había llegado todavía. ¿Por qué?

Los hombres que debían dar aquella orden esperaban. Esperaban una mejor información sobre la calidad del enemigo que posiblemente tuvieran que enfrentar aquel mismo día.

El submarino «*Seafisht*» de la Armada de los Estados Unidos fue el primero en facilitar informes dignos de crédito respecto a las dimensiones de la fabulosa «*astronave*». Pero casi al mismo tiempo que transmitía su informe, el «*Seafisht*» lanzaba otro radio dando cuenta de hallarse atrapado por los hielos.

¿Hielos en aquella zona del Atlántico, en esta época del año?

El estado mayor de la armada hubo de pensar con razón que el comandante del «*Seafisht*» estaba loco. Sin embargo, el sumergible comunicó a continuación:

«Sometidos a terrible presión por los hielos nos vemos obligados a abandonar el barco.»

La Armada ordenó despegar a una escuadrilla de aviones exploradores, calculando la hora de partida de forma que estuviera sobre la *«astronave»* a la salida del sol. Precisamente había enviado un radio cifrado al *«Seafisht»,* ordenando a su comandante que estuviera listo para recoger a los aviadores náufragos que posiblemente fueran derribados por las defensas de la *«astronave»*. Los aviones estaban ya en ruta al recibirse el mensaje del *«Seafisht»*. Media hora más tarde los aviones comunicaron:

«Divisamos extenso campo de hielo sobre el mar.»

Por la posición que daban los aviadores, los límites del vasto campo de hielo se encontraban a 200 millas de distancia de la posición que, según el comandante del *«Seafisht»,* ocupaba la *«astronave».*

«Vemos la cumbre de la astronave dorada por los rayos del sol a doscientas millas de distancia»

Comunicaron a renglón seguido los aviadores. Y después de esto, silencio.

Silencio súbito, mortal, amedrentador. Algo había ocurrido a los aviones que dejaron de comunicar de repente. ¿Fueron atacados y destruidos por las armas de los invasores extraterrestres? Si fue así, como podía presumirse, el ataque debió ser tan súbito que no dio tiempo a los aviadores a infornar siquiera sobre lo ocurrido.

Mientras el pánico cundía en el seno de los estados mayores y convertía en una casa de locos el Pentágono de Washington, aquel gigantesco edificio sede de los estados mayores conjuntos de las fuerzas del ejército, la aviación y la marina, los tripulantes del *«Seafisht»* se encontraban en precaria situación allá sobre el campo de hielo, a solo 4 millas de distancia de la *«astronave»* extraterrestre.

Estrujado por la formidable presión de los hielos, que a su alrededor se levantaban crujiendo pavorosamente, el submarino rechinaba constantemente y veía saltar los remaches de sus planchas como balas expulsadas por repetidas explosiones. Si hubiera habido agua debajo del hielo, el barco se hubiese sumergido y habría escapado navegando por debajo del banco hasta encontrar de nuevo la mar libre.

Pero el hielo estaba también debajo del *«Seafisht»,* lo cual indicaba que éste tenía un espesor de varios metros. Por lo tanto, el submarino no pudo escapar. Dudley Davies decretó el rápido abandono del barco.

Ahora, Dudley Davies se encontraba con Jasper Crane sobre la torrecilla del sumergible, viendo cómo los marineros sacaban por las escotillas el material de emergencia para estos casos; mantas, provisiones, botellas de whisky, tiendas de campaña desmontables, infiernillos de alcohol solidificado, equipos de invierno y hasta una emisora de radio portable cuyo generador se accionaba a mano.

-Le advertí que era una temeridad salir a la superficie teniendo delante esa máquina interplanetaria que Dios confunda -dijo Crane excitado e irritado-. ¡Ahora ya ve lo que ha pasado!

-¿Quiere decir que había previsto usted también que el océano se helaría y quedaríamos aleteando sobre el hielo como un pez fuera del agua, señor Crane? -preguntó Dudley.

-Sabía que algo tenía que ocurrir -repuso el segundo evasivamente.

-Pues voy a decirle una cosa, señor Crane. Aunque usted crea que es

mía la culpa si nos encontraron en esta situación, cabe que esta situación hubiese sido mucho más comprometida si el océano se hiela en el momento que nos encontramos sumergidos a veinte metros de profundidad. Porque si esta costra de hielo tiene el espesor que me figuro, entonces no solo no habríamos podido avanzar ni retroceder, sino tampoco sumergimos ni salir a la superficie. ¿Lo va entendiendo?

-No creo que ese hielo tenga más de veinte metros de espesor. Ni siquiera en el Polo es tan gruesa la capa de hielo.

-Usted olvida una cosa, Crane. No estamos en el Polo. Y la formación de este hielo no se debe a los agentes naturales, sino a esa cosa extraña que tenemos delante. Eso si no me equivoco. Y si no me equivoco y los marcianos han podido congelar el Océano en varias millas de extensión a su alrededor ¿por qué no ha de ser posible que lo hayan helado también en una profundidad de doscientos o trescientos metros?

Jasper Crane no contestó esta vez. Dudley tomó los prismáticos con sus enguantadas manos y los asestó a través de la neblina sobre la mole de la *«astronave»*.

-Creo que algo se está moviendo entre esa neblina, Crane. ¿Quiere comprobarlo usted?

Crane tomó sus propios prismáticos y los asestó en la dirección que señalaba el brazo extendido del capitán. Dudley, ahora ya no necesitó que su segundo le confirmara lo que él creía ver. Algo se movía entre aquella especie de niebla humeante que brotaba del campo de hielo. Era una máquina. Una máquina rodando sobre un tren oruga. Un tanque.

-¡Es un tanque, señor Davies! -gritó Grane excitado-. ¡Viene hacia aquí!

Dudley echó una mirada en rededor. Sus hombres, por su iniciativa, estaban amontonando el equipo del lado contrario al que llegaba la máquina. La superestructura del sumergible estaba entre la tripulación y el tanque que se acercaba.

-¡Manténgase todo el mundo a estribor del barco! -gritó Dudley desde el puente-. ¡Un tanque viene hacia nosotros!

-No uno, capitán, sino varios-dijo Crane con voz ligeramente enronquecida-. Véalo usted mismo.

Dudley, ahora a simple vista, vio en efecto cómo una línea de máquinas salía de la neblina a derecha e izquierda de la de vanguardia.

Eran carros de asalto, sin la menor duda. Los dobles cañones de sus torrecillas giraban enfilando al buque. Toda resistencia contra aquellas máquinas parecía suicida, si no imposible. Dudley sintióse invadido de un sentimiento de impotencia frente a la fatalidad. Más al propio tiempo, una excitante curiosidad le mantuvo firme en su puesto.

Si los cañones de los tanques no les hacían pedazos, al menos podría

ver realizada una ilusión. Vería y «*conocería*» a los marcianos, fueran éstos realmente habitantes del planeta Marte o de otro cualquier planeta; gigantes, pulpos, o solo Dios sabía qué extrañas y monstruosas criaturas.

Dudley estaba pensando esto, cuando de pronto empezaron a disparar los cañones.

Las granadas de los tanques pegaron en el costado del buque y explotaron con sordo ruido. Y de cada granada, una espesa nube de humo azul brotó y se esparció dando lugar a otra especie de niebla entre la cual desaparecieron los tanques.

-¡Vámonos de aquí, capitán! -gritó el teniente Crane-. ¡Nos están gaseando! ¡Entremos en el submarino!

Jasper Crane se inclinó hacia la escotilla, mas faltándole de súbito las fuerzas, dio un traspiés y cayó de bruces sobre las planchas.

Davies quiso hacer un movimiento en dirección a su segundo, pero sus músculos se negaron a obedecerle. Una extraña lasitud empezaba a apoderarse de él, y Dudley comprendió que esto era debido a la neblina azul cuyos vapores estaba aspirando. ¿Era aquello la muerte? se preguntó.

No tuvo miedo. En realidad no tuvo tiempo de sentirlo. Las fuerzas le abandonaron. Se sintió caer, mas no llegó a percibir el choque de su propio cuerpo contra las planchas del puente.

CAPÍTULO VI

Volvió en sí repentinamente, pero él creyó que estaba dormido y soñando una extraña pesadilla.

No era una pesadilla horrible, después de todo. El pigmeo que estaba ante él, pues de un hombre se trataba, no tenía nada de repugnante. Era ni más ni menos que como un hombre normal reducido a una escala menor. Debía medir entre 70 y 75 centímetros de estatura y tenía su cabeza, sus brazos y extremidades inferiores proporcionadas a la longitud y volumen del tronco.

Este hombrecillo vestía una bata blanca, iguales a las que utilizan los médicos y enfermeros. En la mano tenía todavía la aguja hipodérmica con la que acababa de inyectar. Le estaba mirando atenta y casi bondadosamente con sus graves pupilas ambarinas, y a Dudley no le hubiera sorprendido nada oírle preguntar: *«¿Se encuentra usted bien?»* Aunque el pigmeo no dijo nada de esto.

El hombrecillo se volvió y pronunció unas palabras extrañas, dirigidas a alguien que estaba a un lado, Dudley quiso volver la cabeza, pero solo pudo hacerlo con los ojos. Reconoció entonces su propia y extraña postura, y sintió temor y preocupación. En realidad fue entonces cuando dejó de pensar que estaba soñando, abriendo sus ojos sorprendidos a la palpable realidad.

Le habían atado con fuertes correas a una plancha de madera, por los tobillos, cintura y muñecas. También la cabeza la tenía sujeta. Algo que debía ser un casco metálico le oprimía las sienes y le impedía volver la cabeza a un lado ni otro. No obstante, con el rabillo del ojo, pudo ver a su alrededor.

Muy cerca de él otra plancha inclinada sostenía inmóvil, con las piernas y brazos abiertos en aspa, la cabecita ceñida por un casco de metal fulgente, a una mujercilla de estatura aproximadamente igual a la del *«doctorcillo»*. Dos hombrecillos más, ambos con batas blancas también, procedían a soltar a la enana de las correas que la sujetaban al tablero inclinado.

El *«doctorcillo»* se volvió al otro lado haciendo una seña.

Dudley, al volver los ojos en aquella dirección, vio otra mesa inclinada igual a la anterior, y en ésta un hombrecillo al que otros dos enanos uniformados de blanco empezaron a quitar las correas. ¿Eran estos pigmeos los temidos *«marcianos»* tripulantes de la gigantesca *«astronave»* anclada en medio del Atlántico?

Dudley se había acostumbrado de tal forma a la idea de que éstos debían ser unos gigantes, que no pudo evitar cierto sentimiento de desilusión..., a la vez que de alivio.

De todas formas, el aspecto de la habitación en que se encontraba, reunía por sí sola todos los elementos indispensables para hacer las delicias de un dibujante de historietas fantásticas. Al menos en esto, no sufrió el capitán Dudley Davies desilusión alguna.

Era una habitación grande (grande al menos para los pequeños seres que en ella se movían) viéndose con profusión tableros de complicados instrumentos de medida, y extraños aparatos cuyo uso y utilidad estaba muy lejos de comprender el capitán Davies, aunque indudablemente resultaban altamente impresionantes.

Había algunos muebles también y, aunque pocos, todos proporcionados a la estatura de aquellas fantásticas criaturas.

En realidad, parecía aquello un laboratorio de juguete, hecho expresamente para que unos niños jugasen al *«Doctor Frankestein»*. La única diferencia era que los niños eran hombres y mujeres reales, aunque de una raza de pigmeos. Y que el laboratorio, lejos de ser de juguete, iba a ser empleado para algún fin diabólico, ignorados todavía, aunque merecedores de tenerse en consideración.

Dudley, después de mirar todo aquello, se observó a sí mismo.

Le extrañó encontrarse perfectamente bien, sin dolor, ni malestar, ni pesadez de cabeza, ni nada que recordara el efecto de los misteriosos gases que allá en el campo de hielo le había provocado inevitable pérdida del sentido. Más bien al contrario, se sentía descansado, ágil como después de un sueño reparador y..., ¡hambriento!

También, como queda dicho, se sentía preocupado. ¿Qué se dispondrían hacer con él aquellos pigmeos?

Juzgando por cierta expectación que reinaba en el laboratorio, algo se esperaba de la mujercilla y el hombrecillo que acababan de ser soltados de los tableros. Dudley se fijó especialmente en la mujercita. Era como una nena de tres a cuatro años de edad, solo que con la esbeltez, formas y firmeza de movimientos de una muchacha de veinte o veinticinco años. Era rubia, de rojos y curvados labios, pupilas doradas y largas y rizadas pestañas.

Era linda como una muñeca de porcelana y Dudley la contempló encantado, maravillándose de la perfección de una cosa tan pequeña.

Ahora, la mujercita y el hombrecillo soltados de los tableros se dirigieron al doctorcillo. Este tenía la cabeza ligeramente desproporcionada con el resto del cuerpo, calva. Debía ser bastante viejo, un erudito a juzgar por el respeto con que le hablaban la muchachita y el hombrecillo.

Tanto, una como el otro, por último hablaron entre sí y rieron. No había ninguna razón para que seres que eran en todo iguales a los humanos, excepto por su estatura, no pudieran reír también. No obstante, a Dudley le sorprendió aquella risa. Luego, tras unas palabras del *«doctor»*, la

muchachita se acercó a Dudley y le miró gravemente, las manos a la espalda y las derechas y esbeltas piernas abiertas, los pies firmemente asestados en el piso. Vestía unos pantalones largos ajustados, amarillos y de reflejos brillantes como oro, y una especie de blusa ajustada azul celeste ciñendo la firmeza de su breve y juvenil busto.

La mujercita, de pronto, habló. Dijo:

-Espero que se encuentre usted bien, señor Davies. Su nombre es Dudley Davies ¿no es cierto?

Había hablado en buen y fluido inglés, apenas sin acento extranjero. Esto era mucho más de lo que Dudley esperaba, por lo que no pudo evitar poner cara de extrañeza.

-¿Habla usted mi idioma? -preguntó.

La muchachita se rió, mostrando al hacerlo la perfecta hilera de sus blanquísimos dientecillos.

-Es la primera vez que lo hablo -aseguró. Dudley hizo una mueca de incredulidad, por lo que ella continuó-: En primer lugar, permítame expresarle nuestro sentimiento por haber forzado el arca de su intimidad más recogida. Esto era indispensable para que nosotros pudiéramos aprender rápidamente su idioma, y de esta forma hacernos comprender de usted y el resto de la población terrícola.

-No comprendo... -balbuceó Dudley.

-Se lo explicaré en pocas palabras, señor Davies. Acaba de tener lugar aquí un experimento, consistente en trasladar a mi memoria, así como a la del señor Auspuk, muchos de los conocimientos y experiencias que usted conserva en su cerebro...

-¿Cómo? -chilló Dudley entre incrédulo y escandalizado.

-No se enfade, por favor -dijo aquí el hombrecillo que momentos antes acababa de ser librado de las correas que lo sujetaban a un tablero idéntico al de Dudley-. Como usted sabrá, nuestra memoria es a modo de una pizarra en la que van escribiéndose con impulsos eléctricos cada uno de nuestros recuerdos, unos encima de otros. Esa que pudiéramos llamar pizarra de usted, ha sido conectada eléctricamente con mi memoria y la de la señorita Darine. Estimulada por una droga, su memoria ha empezado a recordar, esto es, a transferirnos por impulsos electrónicos una copia fiel de los recuerdos, enseñanzas y experiencias que usted escribió hace años en su *«pizarra»*. De esta forma, la señorita Darine y yo poseemos una reproducción de sus recuerdos de estudiante, y en gracia a este curioso experimento, me basta rebuscar en mi memoria, grabado con lo escrito por la suya, para encontrar las palabras justas para expresarme en su idioma. ¿Lo comprende ahora?

Dudley Davies miró estupefacto de Auspuk a la diminuta Darine y al cabezudo *«doctor»*.

-¿Eso es cierto? -tartamudeó.

-Completamente, señor Davies -repuso la muchachita-. Este sistema se viene empleando largo tiempo en nuestro pueblo para la enseñanza en nuestras universidades. De esta forma, un estudiante a los doce años puede haber..., digamos *«absorbido»* toda la ciencia acumulada en la mente de un docto profesor con larga experiencia, sin tener que pasar por aquellos antiguos, largos y tediosos estudios sobre los libros de texto. En la práctica, esos valiosos conocimientos no son comunicados directamente por un profesor, sino por un aparato grabador que los trasmite a la memoria de nuestros alumnos...

Dudley Davies cerró los ojos pensando *«¡anda, ésta sí que es buena!».* El hombrecillo llamado Auspuk inquirió:

-¿Se siente incómodo, señor Davies? Bien, los ayudantes del doctor Hurdo le soltarán inmediatamente. Esperamos de su buen juicio que no intentará ningún acto de violencia... No puede salir de nuestra astronave ¿comprende?

-Sí -repuso Dudley suspirando-. Eso quiere decir que soy su prisionero.

-Nosotros preferimos considerarle nuestro huésped. No permanecerá mucho tiempo aquí.

Auspuk volvióse hacia el doctor Hurdo, hablando algunas palabras con éste en un idioma armonioso e ininteligible para Dudley. Hurdo a su vez dio una orden a los hombrecillos de bata blanca que se movían por allí. Estos arrimaron un mar de pequeñas escaleras al tablero inclinado y soltaron las manos y las piernas del americano.

-¿Puedo preguntarles qué ha sido de mis hombres? -dijo Davies mientras los pigmeos le desembarazaban del fulgente casco metálico.

-Todos se encuentran perfectamente, señor Davies -aseguró Auspuk, el cual parecía hombre importante a juzgar tanto por su aplomo como por la rapidez con que era obedecido-. La señorita Darine, que es aproximadamente lo que ustedes dirían mi secretaria, le acompañará a usted hasta sus hombres. Luego todos serán conducidos hasta el alojamiento provisional donde permanecerán hasta ser puestos en libertad.

Dudley observó silencio. La muchachita llamada Darine cruzó algunas palabras con Auspuk, volviéndose luego hacia el americano.

-¿Quiere tener la bondad de acompañarme, señor Davies?

Antes de seguir a la muchacha, Dudley se volvió hacia Auspuk.

-¿Me permite una pregunta, señor Auspuk? Puesto que no me ha sido concedido el privilegio de hurgar electrónicamente en sus mentes, como ustedes han hecho conmigo..., ¿podría saber al menos qué propósitos abrigan al venir con su astronave a la Tierra?

El pigmeíto sonrió. Dudley había visto antes algunos enanos, seres contrahechos por la Naturaleza, y siempre las muecas de éstos le habían

parecido grotescas, incapaces de reflejar el verdadero estado de ánimo de aquellos seres desdichados, así como de inspirar respeto, temor o admiración al igual que un hombre normalmente dotado.

No podía decirse esto de los diminutos seres que tenía ahora a su alrededor. Aunque reducidos a una escala muy pequeña, estos hombrecillos no inspiraban sentimiento cómico alguno. Ellos eran en su naturaleza tan perfectamente, normales como Dudley Davies en la suya. En todo caso, si algo hacían sentir, era asombro y maravilla. Dudley no olvidaba que aquellos diminutos seres habían sido capaces de conducir felizmente hasta amerizarla en el Océano Atlántico, una máquina voladora que los hombres de la Tierra, aun siendo dos veces y media mayores, estaban muy lejos de poder construir, ahora ni probablemente en los cien años siguientes.

Auspuk sonrió, y su sonrisa amigable le hizo sentirse a Dudley en presencia de un hombre respetable.

-Puede estar tranquilo a ese respecto, señor Davies. Los propósitos que mi pueblo abriga respecto al suyo, y en general respecto a todas las naciones de la Tierra, no pueden ser más amistosos. Hemos llegado a este planeta impelidos por la más premiosa necesidad. Necesidad de acogernos a un mundo habitable por nosotros, ésa es la palabra exacta. Todo lo que solicitamos de los terrestres es un poco de comprensión, simpatía y permiso para quedarnos en su mundo. Lo que estamos dispuestos a dar a cambio, es para ustedes tanto como lo que nosotros aspiramos a recibir. Este mundo vive en una época de atraso considerable... Nosotros podríamos hacer mucho por ustedes, y francamente estamos deseosos de prestarles nuestra ayuda...

-¿Solo a cambio de permitírseles quedarse en nuestro mundo?

-Sí, señor Davies. Solamente a cambio de eso.

-¿Y en caso que nosotros les denegáramos ese permiso? ¿Qué ocurriría?

Auspuk sonrió de nuevo, solo que esta vez su sonrisa se le antojó a Dudley lejana y profundamente amenazadora. En efecto, sus palabras confirmaron la impresión del marino:

-En tal caso, señor Davies, nos veríamos en la penosa coyuntura de tener que discutir con ustedes sus legítimos derechos a prohibirnos nuestra residencia en este hermoso planeta. ¿Quiere acompañar ahora a la señorita Darine, por favor?

A Dudley le hubiera gustado seguir preguntando, al menos hasta obtener una aclaración más concisa de los graves peligros que amenazaban al mundo en caso que éste se negara a tolerar a los intrusos. Pero mientras él vacilaba, Auspuk batió palmas. Una puerta se abrió y un hombrecillo tocado de fulgente casco, con una larga espada en la mano, entró seguido de media docena de pigmeos armados de extraños fusiles.

Los recién llegados vestían todos iguales, de lo cual dedujo Dudley se trataba de soldados o alguna especie de policía uniformada. Auspuk indicó al marino la puerta, diciendo la bella y delicada Darine:

-¿Querrá acompañarme, por favor?

Dudley siguió a la muchachita, teniendo que inclinar ligeramente la cabeza para no darse con el dintel. El oficial y los policías le siguieron al corredor. Este tenía los techos altos, lo que permitió al marino andar erguido hasta un espacioso vestíbulo del cual salieron por un portal a un ancho recinto rodeado de verjas.

Dudley, entonces, miró asombrado a su alrededor.

Detrás de las verjas, que él habría podido saltar fácilmente, una apiñada multitud de pigmeos le contemplaba curiosamente, como hubieran podido admirar a un bicho raro.

Más allá de esta muchedumbre, por encima de los pigmeos, Dudley alcanzó a ver tres grandes vehículos parados en la calle. Al frente se levantaba un enorme mamparo pintado de color aluminio, con una línea de patios a la altura de las aceras y un sinnúmero de ventanitas formando regulares hileras a lo ancho y a lo alto, hasta el techo de la *«astronave»* que se elevaba cien metros sobre la cabeza del americano.

He aquí pues, lo que albergaba la fabulosa *«astronave»*. Contrariamente hasta lo que hasta entonces habían creído los terrícolas, la portentosa *«nave del espacio»* no era un simple vehículo espacial tripulado por unos cuantos gigantes marcianos.

Marcianos o habitantes de cualquier otro planeta, los tripulantes de la *«astronave»* eran unos pigmeos. Y debía haber miles, incluso millones de ellos, en esta gigantesca máquina cuyas misteriosas entrañas se hallaban dispuestas al estilo de una ciudad-colmena, con espaciosas calles por las que circulaban diminutos vehículos silenciosos, y líneas interminables de apartamentos superpuestos, poco diferentes de los *«rascacielos»* neoyorquinos, formando una sola fila a cada lado de las vías densamente transitadas.

Lo inesperado suele ser corrientemente aquello que más impresiona el ánimo, siendo éste el caso de Dudley Davies. El cálculo mentalmente que teniendo la *«astronave»* arriba de los mil metros de altura, distribuido este espacio en diez plantas con cien metros de altura cada una, la *«nave del espacio»* podía tener diez pisos iguales a éste.

¡Diez ciudades, cada una como Nueva York, superpuestas una encima de otra! ¿Cuánta gente podía habitar en aquella gigantesca colmena?

Mientras Dudley se hallaba parado mirando absorto a su alrededor, Jasper Crane y John Aspinwall salieron por otra puerta del edificio que tenía a sus espaldas y corrieron hacia él.

-¡Capitán! ¡Capitán!

Diríase a juzgar por el contento que traslucía en sus rostros que habían pasado meses desde que se vieron por última vez. Jasper Crane traía la gorra en la mano y un vendaje alrededor de la cabeza.

-¿Qué es eso?-preguntó Dudley-. ¿Está herido?

-Debí darme con la cabeza en algún canto metálico cuando caí desvanecido al intentar alcanzar la escotilla -dijo Crane apresuradamente, añadiendo con excitación-: ¿Está usted bien? ¿Y el resto de la tripulación?

Como respondiendo a la pregunta del segundo, una veintena de marineros del «*Seafisht*» aparecieron guiados por el teniente Richard Bryant, al que acompañaba también el teniente Peter Masefield. El encuentro fue alborozado. Los marineros rodearon a su capitán. La vocecilla de la señorita Darine dijo desde abajo:

-¡Por favor! ¿Quieren andar hacia los camiones?

El círculo se abrió dejando espacio a la mujercilla. Dudley le preguntó:

-¿ Dónde está el resto de mis hombres, señorita Darine?

-El resto de la tripulación está siendo sometida en segundo turno al mismo experimento que se llevó a cabo con cada uno de ustedes. No debe preocuparse por su gente, capitán. Todos estarán reunidos dentro de un par de horas.

-¿No les bastaba hacer una cosa tan fea conmigo, que han tenido que hurgar también en la intimidad del pensamiento de cada uno de mis hombres?

-Lo siento, mucho, señor Davies. Era preciso.

-¿Preciso? ¿Para qué?-interrogó Dudley agresivamente.

-Para que el mayor número posible de nuestra gente aprendiera rápidamente su idioma, señor Davies. Por favor ¿quieren empezar a moverse hacia los camiones?

Dudley asintió con un gruñido. La tripulación del «*Seafisth*» desfiló pasando por la puerta de la verja hasta los grandes camiones que esperaban en la calle. Estos eran del tipo de los remolques para tanques utilizados por los ejércitos de todo el mundo, compuestos de un largo bastidor montado sobre gran número de ruedas.

Poco después, los camiones rodaban por las calles de la ciudad-colmena, siendo objeto los marinos montados en ellos de la curiosidad del público que encontraban a su paso.

Correspondiendo con la misma moneda, los marinos del «*Seafisht*» observaban a su vez con curiosidad cuanta cosa aparecía al paso de los camiones. Estos, después de recorrer una ancha calle, se metieron por una rampa que dando vueltas al igual que la canal de un tobogán, los llevaron dos pisos más abajo hasta otra calle igual a las de arriba.

Los camiones, finalmente, se detuvieron ante un edificio que por la amplitud de su portal debía ser un almacén o cosa parecida.

Era un almacén en efecto. Temporalmente, al menos según las promesas de los pigmeos, el almacén estaba destinado a servir de prisión a los tripulantes del perdido «*Seafisht*».

CAPÍTULO VII

La situación no había cambiado al anochecer de aquel día aciago, excepto si acaso para hacer más sombrías las perspectivas que se ofrecían al mundo.

El submarino «*Tritón*» de la Armada de los Estados Unidos, que impulsado por sus motores atómicos había llegado en navegación sumergida hasta donde le permitieron los hielos que rodeaban la «*astronave*», recogió de las aguas hacia el mediodía al único piloto superviviente de los aviones desaparecidos al amanecer.

La información que el «*Tritón*» comunicó por radio a poco de haber recogido al aviador náufrago, fue sensacionalista en dos aspectos distintos.

En primer lugar, según radió el sumergible atómico, el banco de hielo que rodeaba a la «*astronave*» era de un espesor del orden de los 300 metros, lo cual quería decir que el hielo llegaba prácticamente de la superficie al fondo del mar, bloqueando todo posible paso por debajo.

La segunda información procedía del aviador rescatado. Este aseguró que, marchando en el puesto más rezagado de la formación aérea, había visto *«cómo los aparatos que le precedían se desintegraban súbitamente, como si hubiesen chocado contra un muro INVISIBLE»*.

Esta percepción, fue tan aguda en el piloto, que el hombre se apresuró a agarrar la palanca del mecanismo de disparo de su asiento lanzable, y tirar de ella *«justamente medio segundo antes que su aparato se estrellara también»*. Descendió en paracaídas hasta el agua, muy cerca del extremo del banco de hielo que cubría una gran extensión del mar. Pero temiendo ver aparecer al *«enemigo»* de un momento a otro, prefirió quedarse en su bote de goma hinchable y remar con vigor para alejarse del hielo, hasta que el sumergible le recogió.

Al recibirse esta información en el Pentágono el estado mayor conjunto de las Fuerzas Armadas estadounidenses se hallaba reunido en sesión plenaria con un grupo asesor de los más distinguidos sabios y científicos del país.

Dejando aparte el sorprendente hecho de la existencia del banco de hielo, la pregunta que formularon los generales y almirantes fue:

¿Era posible que existiese aquel MURO invisible contra el cual parecían haberse estrellado los aviones?

-Un muro electrónico, tal vez -fue la respuesta del sabio profesor Vermilion, técnico en electrónica.

Tanto el Ejército, como la Marina y las Fuerzas Aéreas, se habían abstenido de despachar nuevos aviones exploradores, al menos hasta en tanto se determinaran las causas que provocaron el desastre de los 50

aeroplanos enviados al amanecer. Alguien sugirió ahora disparar un proyectil balístico de largo alcance, tomando como blanco la «astronave» a fin de comprobar la existencia del muro electrónico.

-Supongamos que tal muro no existiera y nuestro proyectil diera en el blanco -apuntó el general Brickwood-. Los marcianos podrían tomar este acto como una provocación, desencadenando tal vez una ofensiva, para preservarnos de la cual no estamos preparados.

-Podríamos disparar ese proyectil, pero sin cabeza de combate explosiva. En este caso, si pasara el supuesto muro electrónico, no causaría daño de gran consideración al pegar contra la astronave.

El plan se aprobó, y allá en Cabo Cañaveral, el teléfono repiqueteó minutos más tarde ordenando al comandante en jefe de la base experimental el disparo de un proyectil sobre la *«astronave»*. Al mismo tiempo, aviones de la marina posados en el portaviones *Forrestal*, en ruta hacia la *«nave del espacio»*, despegaron para rondar en torno al supuesto *«muro electrónico»*.

A las cuatro de la tarde el proyectil fue disparado desde Cabo Cañaveral. Exactamente cuando traspuso los límites del banco de hielo, cuando caía ya hacia la *«astronave»,* el proyectil hizo explosión desintegrándose en el aire. La prueba había concluido, demostrándose con ella la existencia tangible, si bien que invisible, del llamado *«muro electrónico»*. Cuando el resultado del experimento llegó al Pentágono, los generales y almirantes reunidos en torno a la mesa que presidía el secretario de defensa, tuvieron nuevos argumentos sobre los que debatir acaloradamente.

-En realidad -dijo el general Brickwood- era de esperar una cosa así. Los marcianos, si es que de marcianos se trata, no hubieran expuesto jamás su máquina a nuestras bombas sin rodearse de un cinturón defensivo que la hace invulnerable a nuestras armas.

-Bien-dijo el almirante Goodyear pesimistamente-. Henos aquí en el mismo sitio que al principio. ¿Quiénes son esas criaturas? ¿De dónde vinieron y qué se proponen hacer? ¿Por qué no dan la menor señal de vida?

La pregunta del almirante Goodyear cayó en el vacío, ya que nadie de los allí presentes, ni siquiera los sabios y científicos, eran capaces de dar una respuesta concluyente.

El único hombre que hubiese podido aportar una luz al mundo de amenazadoras tinieblas en que se debatían los almirantes y generales, el capitán de corbeta Dudley Davies, se encontraba a mil doscientas millas de distancia encerrado con sus hombres en un vacío almacén de la propia *«astronave»*. Y no podía hablar.

Sin embargo, pronto iban a cambiar las cosas. Alrededor de las cinco de la tarde, según el cronógrafo que el capitán conservaba en su bolsillo, la

puerta del almacén se abrió y la pequeña Darine entró, quedando en la puerta de afuera la escolta de hombrecillos armados que le acompañaba.

Dudley, echado en el suelo con la espalda contra una columna del almacén, se puso en pie y salió a su encuentro.

-¿Por qué no están todavía mis hombres aquí? -preguntó el capitán-. Usted dijo que no tardarían dos horas en ser traídos con nosotros.

-Se preocupa usted por sus hombres sin fundamento, capitán. El doctor Hurdo creo que estaba terminando con ellos. Pronto los traerán aquí. Pero usted debe acompañarme ahora.

-¿A dónde? -inquirió Dudley receloso-. ¿Se trata de hacerme otro registro del cerebro, quizá?

-Nada de eso -la mujercilla sonrió-. Queremos que comunique por radio con sus jefes, rogándoles que envíen un barco a recogerles y alejen todo temor respecto a las intenciones que nos animan. Alguien, creemos que han sido los americanos, acaban de disparar contra nosotros un proyectil cohete que se estrelló contra nuestra coraza electrónica allá en los límites del campo de hielo. Ese campo de hielo nos protege de cualquier eventual ataque por mar, de la misma forma que la coraza electrónica impide el paso de los aviones y cualquier otra arma aérea de ataque. Deseamos que diga esto a sus amigos, a fin de evitar nuevas pérdidas de vidas humanas. Y queremos también que sus jefes nos faciliten un visado para que una delegación nuestra pueda llegar hasta Nueva York y se entreviste con los representantes de las Naciones Unidas en su sede oficial.

Desde su 1'80 de estatura, Dudley Davies contempló atónito la pequeña criatura que tenía ante sí.

-¡Oiga! -exclamó-. ¿Y cómo diablos saben ustedes siquiera que existe un organismo llamado Naciones Unidas?

-Algo de ello nos rebelaron los cerebros de sus hombres. Además y desde que aprendimos el inglés hace unas horas, ya nos es posible entender lo que dicen sus emisoras de radio. Y la radio dice que la O. N. U. se halla reunida en sesión permanente desde esta mañana, recabando la colaboración de todas las naciones miembros en la futura guerra que se avecina. Si esa guerra va contra nosotros, como presumimos, la Tierra debe saber que no nos anima ninguna intención hostil respecto a ella.

-¿Quiere que diga todo eso por radio a mis jefes ?

-Sí. Se lo suplicamos como un favor.

-Espere un momento.

Dudley regresó junto a sus hombres, les dijo lo que ocurría y concluyó:

-No veo nada de malo en que yo comunique todo esto a nuestra base de Newport. Si las promesas de esta gente son sinceras, como así parece, esto representa también nuestra libertad.

-Vaya usted -dijo Jasper Crane-. Esta condenada astronave podrá

resultar muy interesante como lugar de turismo, pero no me sentiré a gusto hasta que no la hayamos perdido de vista.

Dudley volvió atrás reuniéndose con Darine. Poco después se encontraba de nuevo en la calle, sintiéndose blanco de la curiosidad de los pequeños transeúntes.

Esta vez no fue necesario emplear un remolque de tanques para conducirle al lugar donde estaba la emisora de radio. Darine le hizo entrar en un ascensor en el que, aunque encogido, fue llevado varios pisos más arriba. Al salir del ascensor, Dudley se encontró de nuevo en una bullente calle, donde los pigmeos de ambos sexos se detenían para verle pasar echando muy atrás la cabeza.

Casualmente, al pasar ante una ventana a la que estaban asomados una mujer y un niño diminuto, el bebé enano se echó a llorar espantado.

La conciencia de que estaba representando el papel de coco en una ciudad de pigmeos, despertó en Dudley cierto sentimiento de incontenible ridículo. Gulliver, en su fantástico relato, no decía nada de este depresivo estado de ánimo al verse rodeado de los pequeños habitantes de Liliput.

Todo aquello terminó pronto por fortuna. La estación de radio estaba próxima. Unos minutos más tarde, sentado en una pequeña silla con las rodillas junto a la barbilla, Dudley Davies empuñaba un micrófono igualmente diminuto llamando a la estación naval de Newport.

CAPÍTULO VIII

Al establecerse las bases del acuerdo, se estipuló que la comisión *«kirita»* (gentilicio de Kiro, planeta de procedencia de los pigmeos) se trasladaría a Nueva York a bordo del mismo buque portaaviones que había de recoger a la tripulación del *«Seafisht»* en los límites del banco de hielo. Luego, por alguna causa desconocida el almirante Auspuk, que presidiría aquella comisión, solicitó permiso para trasladarse a Nueva York utilizando sus propios medios.

El permiso del gobierno norteamericano llegó por radio al amanecer, y así fue cómo Darine y Dudley Davies se despidieron en el último piso de la ciudad flotante.

Allí, entre las recias arcadas metálicas de la estructura que sostenía el techo abombado de la «astronave», los marinos americanos pudieron ver por primera vez parte de la dotación de aeronaves de los kiritas. Estas, en su mayor parte, eran pequeños aparatos en forma de herradura, de unos tres metros de diámetro, hechos de un metal parecido al acero inoxidable y con una cúpula en el centro de su parte superior, donde se acomodaban los pilotos.

Las aeronaves más grandes eran como grandes *«puros»*, pudiendo describirse como submarinos por su forma ahusada, así como también por sus dimensiones, aunque carecían de torrecilla de hélices y de timones.

Como diablos podían sostenerse en el aire aquellas extrañas máquinas, era algo que intrigaba profundamente a los marinos norteamericanos que las vieron por primera vez. En Dudley Davies, esta preocupación cedió unos instantes al despedirse de Darine. Las últimas horas que pasaron juntos, mientras se discutían los términos del acuerdo entre *«kiritas»* y norteamericanos, les había aproximado creando entrambos una fuerte y espontánea corriente de simpatía.

-¿Nos volveremos a ver? -preguntó Dudley inclinándose sobre ella.

-Tal vez -repuso Darine gravemente- si usted desembarca en Nueva York mientras nosotros todavía permanecemos allí. Me gustaría, sí. Me gustaría mucho que usted me enseñara siquiera un rincón de su hermosa patria.

-Si están ustedes en Nueva York cuando desembarquemos, iré a buscarla -prometió Dudley estrechándole la manita que ella le tendía.

El almirante Auspuk esperaba a Darine al pie de la escalerilla de acceso a la ahusada aeronave por la que subía la comisión parlamentaria, y tal vez por la expresión de la mirada que lanzó sobre Darine, el capitán creyó percibir cierto receloso disgusto en él. Que Auspuk, que era arrogante y joven y hasta pudiera decirse hermoso, tuviera celos de un gigante terrícola, era algo difícilmente admisible. Sin embargo, esto fue lo que Dudley

pensó.

En este momento, Darine tiró suavemente de un dedo de Dudley y dijo precipitadamente, en voz muy baja:

-No deje de intentarlo, Dudley. Es preciso que hable con usted.

-¿Cómo ?

La mujercilla le soltó y le volvió la espalda, yendo a reunirse con Auspuk, que dijo algo con acre acento en su ininteligible idioma. Los dos subieron por la escalerilla. La puerta de la aeronave se cerró desde dentro...

Dejóse oír un sordo zumbido. El gran huso metálico de 35 metros de largo se elevó y fácilmente un par de metros sobre el suelo. Replegó su tren de aterrizaje y se movió hacia la gran puerta que acababa de abrirse en un costado de la *«astronave»*... El aire frío y húmedo del campo de hielo entró por la puerta y la aeronave salió y se alejó perdiéndose en el espacio.

Dudley se preguntó qué habría querido decir Darine con aquel urgente: *«No deje de intentarlo»*

En el breve espacio de un segundo, Darine le había parecido una persona distinta. Despojada de su aureola de ser extraterrestre, asustada y humana. ¿Por qué era preciso que hablase con él?

Dudley estaba todavía haciéndose esta pregunta cuando los llamaron para embarcar. La experiencia, en cuanto a embarcarse en una aeronave extraterrestre, prometía ser interesante. Pero no hubo nada de esto. Simplemente los hacinaron en un solo compartimento bodega, cerraron la puerta y se sintieron trasportados rápidamente por el aire.

Al abrirse la portezuela de nuevo estaban a dos millas del límite del banco de hielo. Al fondo, en las aguas libres, se alzaba la gris e imponente mole del portaaviones. Los kiritas no fueran siquiera tan amables de llevarlos hasta el final de la llanura de hielo. Les ordenaron desembarcar, cerraron de golpe la portezuela de su aeronave y se elevaron regresando a la *«astronave»*. Dudley Davies y sus hombres tuvieron que andar las dos millas sobre el hielo hasta donde los lanchones destacados por el buque acababan de abordar.

-Después de todo -comentó el teniente Masefield cuando embarcaban en los lanchones- los kiritas no son muy caballeros. Pudieron habernos llevado en su aeronave directamente hasta Nueva York.

Para los tripulantes del perdido «*Seafisht*», en general, fue mucho de lamentar esta falta de amabilidad de los kiritas. Todos pensaban que hubiese sido un golpe sensacional apearse de una aeronave extraterrestre en pleno parque de la Batería, en el extremo meridional de Manhattan, o saltar a una lancha en un East River cuajado de embarcaciones que estarían esperando expectantes la arribada de aquel fabuloso aparato.

En efecto, tal como suponían los marinos del «*Seafisht*», la llegada de la comisión kirita a Nueva York revistió caracteres de gran acontecimiento.

La tónica de la Prensa y de los comentarios radiados había cambiado bruscamente la tarde anterior, al darse a conocer en un comunicado oficial que se estaban llevando a cabo *«amistosas conversaciones preliminares»* con los supuestos marcianos tripulantes de la fabulosa *«astronave»*.

En todo el hemisferio occidental, la gente pudo al menos irse a la cama esperanzada en un amanecer más tranquilo y diáfano que el vivido aquel mismo día. Y ocurrió en efecto, que al levantarse los europeos al día siguiente, hallaron la grata sorpresa de unos periódicos y comentarios radiados pletóricos de confiadas esperanzas en un futuro prometedor.

Los kiritas -decían los periódicos- acababan de llegar a la Tierra procedentes de un planeta lejano, fugitivos de un cataclismo cósmico que asoló su mundo. Eran seres idénticos en naturaleza y espíritu a los terrícolas, aunque de estatura más pequeña. Los kiritas, portadores de una civilización quinientos años adelantada a la terrícola, acababan de llegar y solicitaban asilo en este mundo. La Tierra, naturalmente, no podía negarse a acoger a estos heroicos náufragos del cosmos. No solo no podía hacerlo por razones humanitarias, sino también por conveniencia. Porque gracias a los conocimientos técnicos y científicos que los kiritas se anunciaban dispuestos a intercambiar con el mundo, el hambre y las enfermedades, la miseria y el horror de las guerras, serían definitivamente alejados de la Tierra.

A este tenor cantaban los periódicos aquella mañana, en contraste con los pesimistas augurios del día anterior. Y apenas se tuvo conocimiento de la próxima llegada de la comisión parlamentarla kirita, todo Nueva York (lo que quedaba de él después de la precipitada fuga del día anterior) corrió a tomar posiciones sobre los muelles, barcazas, puentes y edificios a ambas orillas del East River, frente al edificio de las Naciones Unidas donde había de amerizar la aeronave de los emisarios extraterrestres.

Cuando el huso volador llegó finalmente escoltado por los aviones a reacción de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, y quedándose parado en el aire descendió suavemente hasta posarse en el agua, los cientos de miles de neoyorquinos apelotonados a ambas orillas del East River guardaron profundo e impresionante silencio.

En realidad, e1 cambio desde el terror a la confianza en los seres que venían de otro mundo, había sido demasiado brusco. El público no había tenido tiempo de prepararse para este cambio de rumbo de los acontecimientos, y en el fondo no las tenía todas consigo.

La radio y los periódicos habían hablado de la amistad y la colaboración entre kiritas y terrestres, pero ahora faltaba por oír a los propios kiritas.

A bordo del portaaviones «*Forrestal*», en donde habían sido recibidos con honores de auténticos héroes, los marinos del «*Seafisth*» pudieron

seguir la llegada de los embajadores kiritas a Nueva York por medio de la radio. Dudley Davies, entre ellos, sintió mucho no encontrarse en aquellos momentos en tierra firme, siquiera fuese para ver en la televisión cómo el almirante Auspuk y Darine, seguidos del resto de la comitiva parlamentaria, pasaban de su aeronave a una lancha y eran transportados a tierra y escoltados hasta el edificio de las Naciones Unidas que se levantaba a orillas del East River.

Sin embargo, Dudley Davies había de llegar a tierra mucho antes de lo que esperaba, aunque no fue directamente a Nueva York.

Los estados mayores conjuntos de las Fuerzas Armadas Estadounidenses, no tan tranquilos como los políticos respecto a las verdaderas intenciones de los «*kiritas*», deseaban saber cómo era la «*astronave*» por dentro, cómo eran las máquinas de guerra y muchas más cosas sobre los extraterrestres que Dudley pudiera haber visto. A este efecto y por orden superior, el comandante del buque puso a disposición del capitán y sus oficiales un par de aeroplanos, que despegando de la cubierta del «*Forrestal*» los condujeron en pocas horas de vuelo a Washington.

En Washington, Dudley Davies y sus oficiales fueron sometidos durante varias horas a la tortura de un implacable interrogatorio por parte de los oficiales del Servicio de Información. Cuando finalmente éstos dieron por concluido su interrogatorio, Dudley Davies estaba físicamente agotado.

Eran las siete de la tarde de un caluroso día de agosto cuando Dudley entró en el despacho del almirante P. J. Davies, en un despacho de la segunda planta del Pentágono sobre cuyas ventanas daban los últimos rayos del sol poniente. En el despacho hacía calor y el almirante, al entrar en él, se permitió el descanso de desabrochar el cuello de su camisa y aflojar el nudo de su corbata.

-¿Cómo te encuentras, Dudley? -el almirante era tío de Dudley, cuya familia seguía desde la Guerra de la Independencia la honrosa tradición del servicio en la Marina de Guerra-. La captura que esos condenados pigmeos hicieron de tu barco y tu tripulación casi te ha convertido en héroe.

-Necesito un permiso para trasladarme a Nueva York -dijo Dudley estrechando la mano de su tío, húmeda de sudor.

-Hace un condenado calor en ese despacho donde estamos escuchando la radio -manifestó el almirante poniendo en marcha el ventilador que había tras la mesa-. ¿Para que quieres un permiso? ¡Ah, sí! Para ir a Nueva York. ¿Pero por qué a Nueva York?

-Los emisarios kiritas están allí. Hice amistad con una muchacha kirita llamada Darine. Le prometí que iría a buscarla y la llevaría a pasear por la ciudad.

El almirante miró sorprendido al joven.

-¡Hombre, sobrino!-exclamó-. Si al menos fuese una chica de tu talla...

-La diferencia de estatura no es obstáculo para una buena amistad ¿verdad?

-Bien, bien. Si se trata solamente de eso...

El almirante Davies se sentó ante la mesa, cogió un pedazo de papel y se puso a garrapatear en él.

-¿Habéis estado escuchando la radio?-preguntó Dudley-. ¿Qué se dice acerca de esa conferencia entre los kiritas y los representantes de las naciones unidas?

-Ese almirante Auspuk ha hecho un brillante discurso pintando con sombríos e impresionantes colores la tragedia de su pueblo obligado a emprender penoso éxodo por el cosmos en busca de un mundo donde se dieran condiciones de vida idénticas a las de su desaparecido Kiro... Apela a nuestro sentido humanitario para solicitar asilo para su pueblo y nos pide un territorio cualquiera en cualquier lugar del mundo donde ellos puedan establecerse.

-¿Crees que obtendrán lo que piden?

-La pregunta no es ésa -repuso el almirante levantándose con el papel en la mano-. La pregunta es ¿qué ocurriría si le negáramos lo que piden? Tú que has estado recientemente con ellos ¿qué crees que harían si no les cediéramos un pedazo de tierra donde establecerse?

-La respuesta a esa pregunta -repuso Dudley- está en el informe que acabo de facilitar a los muchachos del Servicio de Información. Si la Tierra les negara el derecho de asilo a los kiritas, ellos se verían en la necesidad de discutir con nosotros nuestro derecho a impedirles la permanencia en este planeta.

-¿Cómo sabes eso? -los ojos del almirante expresaron viva curiosidad.

-El propio Auspuk me lo dijo.

-Es muy interesante -murmuró el almirante. Se acarició la barbilla.-. Muy interesante, sí. Aunque, desde luego, no podía esperarse otra cosa. Auspuk ha hecho especial hincapié en la desesperación de su gente, como dando a entender que no están dispuestos a volver al espacio para continuar su búsqueda, pase lo que pase y sea cual fuere la respuesta que nosotros demos a su demanda.

-En otras palabras, al tiempo que elevaban un ruego, Auspuk dejaba deslizar un ultimátum.

-Algo parecido, sí. Es muy hábil ese almirante Auspuk... Bien, aquí tienes tu permiso. Si vas a encontrarte con esa jovencita enana, no sería malo que probaras a obtener más información sobre los verdaderos propósitos de nuestros amigos, los kiritas.

-Lo intentaré.

-Muy bien, sobrino. Buen viaje..., y buena suerte. No dejes de informarme de cualquier cosa que sepas.

Una hora más tarde, Dudley Davies se encontraba a bordo de un avión en vuelo hacia Nueva York. Durmió durante todo el viaje, hasta que le despertó la azafata para rogarle que se abrochara el cinturón de seguridad.

En el aeródromo, los pasajeros del avión de Washington tropezaron con muchas dificultades para llegar a la ciudad, debido a que todos los taxis habían iniciado la fuga la víspera y todavía no habían empezado a regresar. Finalmente, un autobús de la propia compañía aérea dejó a Dudley Davies frente a la estación Pensilvania, bajo la ambarina claridad de un amanecer quieto, en el corazón de Nueva York casi desierto.

Por contra, no halló dificultades para encontrar habitación en el primer hotel que le salió al paso.

Sabiendo por los periódicos que la reunión de las naciones unidas se celebraría aquel día a puertas cerradas en tanto que la delegación kirita dedicaba la jornada a visitar la ciudad, Dudley utilizó el teléfono para llamar al hotel Ralston donde estaba hospedada la comisión presidida por el almirante Auspuk.

Pidió comunicación con la señorita Darine y le fue concedida. Experimentó una gran alegría al escuchar la vocecilla de Darine al otro extremo de la línea:

-¿Quién llama?

-Soy yo, Dudley Davies. Acabo de llegar a Nueva York. ¿Cuándo podré verla? -preguntó el marino con ansiedad.

Se escuchó una ahogada exclamación de sorpresa por el auricular. Luego, Darine habló con rapidez.

-Cuánto me alegra oír su voz, Dudley. Sí, es urgente que nos veamos y hablemos, pero no sé cómo va ser posible esto. Auspuk recela de mí. ¿Podría usted venir a recogerme en un automóvil? He visto que la ventana de mi habitación no queda muy alta sobre esta calle estrecha que hay detrás del edificio. Si usted me esperara abajo, yo saltaría y escaparía sin que Auspuk pudiera sospechar siquiera donde había ido... ¡Dudley! ¿Me está escuchando?

-Sí -pronunció Dudley entrecortadamente, sorprendido como no esperaba serlo al llamar por teléfono a la muchacha-. Sí, le oigo.

-¿Podrá venir?

-¡Dios mío, Darine! ¿Pero sabe usted lo que me pide? ¿Cómo la voy a ocultar..., y por qué demonios he de hacerlo?

-Creí que era usted mi amigo... -dijo la vocecilla compungida de la mujercilla.

-No es eso..., ¡oh, no! Quiero decir... -Dudley se interrumpió. Mascculló una maldición-. Está bien. De acuerdo -dijo rápidamente-. Iré a buscarla en

seguida..., si es que puedo encontrar un automóvil en esta maldita ciudad desierta. ¿Cómo sabré cuál es su ventana?

-Encienda y apague tres veces las luces de su coche. Yo estaré vigilando y sabré que es usted. Entonces me asomaré y le llamaré. No tarde.

El aparato telefónico fue colgado al extremo opuesto del hilo antes que Dudley pudiera añadir nada más. El marino colgó el suyo y quedó unos instantes pensativo. ¿Qué demonios podía significar todo aquello? ¿Por qué Darine le suplicaba que le ayudase a escapar?

Dudley comprendió que si pensaba mucho en ello y en las consecuencias que podrían derivarse de su acto, probablemente acabaría por no acudir a la cita que le había dado Darine. Otro problema consistía en dar con un taxi a estas horas, en aquel Nueva York semidesierto, del cual había huido todo vehículo capaz de moverse sobre ruedas.

-¿Pero qué diablos hago aquí? -se preguntó-. Nadie vendrá a traerme un taxi si no me muevo y lo busco por mí mismo.

Salió de la habitación y se lanzó escaleras abajo.

El dueño del hotel se disponía a tomar con calma una taza de café sobre el mostrador. Era un hombre anciano, de luengos bigotes blancos a lo Káiser, calmoso y poco dado a excitarse por cualquier cosa. Miró a Dudley escandalizado.

-Necesito un coche -le dijo Dudley precipitadamente apoyando las palmas de la mano en el mostrador-. Ahora mismo. ¿Sabe dónde podría encontrar un taxi libre a estas horas?

-A estas horas y en esta ciudad, no lo encontrará usted ni buscándolo en candil -repuso el hombre sosegadamente-. ¿Qué le ocurre, joven? ¿Quiere salir también de la ciudad, ahora que muchos empiezan a regresar a ella?

-Necesito un coche para una diligencia rápida. Solamente para ir hasta el Hotel Ralston y volver en seguida. ¿Usted tal vez?...

-Sí, tengo coche -repuso el anciano-. Y nunca he dejado de hacer un favor a un amigo cuando se me ha pedido. ¿Me da su palabra que solo lo utilizará para ir al Hotel Ralston y volver?

-Soy un oficial de la Armada -repuso Dudley irguiéndose-. Tiene mi palabra de honor.

El hombre suspiró sacando del bolsillo un manojo de llaves que dejó sobre el mostrador.

-Dé la vuelta por el callejón que hay detrás de este edificio. Verá una puerta metálica en el número sesenta. Llévese el coche si es capaz de ponerlo en marcha, pero no olvide dejar cerrada la puerta al salir.

Dudley cogió las llaves y echó a correr. El hombre tuvo que gritar las últimas instrucciones cuando él salía por la puerta.

CAPÍTULO IX

La luz del crepúsculo no había progresado mucho del lado del East River, debido a la espesa niebla gris que procedente del río se refugiaba en aquel dédalo de calles estrechas, de trazado irregular, que constituye la parte más vieja de la ciudad.

Dos coches de la Policía Metropolitana y una pareja de agentes montados a caballo, se hallaban detenidos ante la puerta del Ralston cuando Dudley Davies pasó ante el hotel guiando el *«Plymouth»* de un modelo anticuado que tomó prestado al dueño de la pensión de la estación Pensilvania. Inclinado sobre el volante y a poca velocidad, Dudley metió el coche por el callejón que encontró al final de la fachada del edificio.

Siguió un trecho por este callejón, volviendo a doblar a la izquierda, y se detuvo ante lo que calculó debía ser la parte posterior del hotel. La calle, donde se amontonaban los cubos de basura de dos o tres días, aparecía completamente desierta. Dudley se apeó del coche y manteniendo abierta la portezuela, apagó y encendió por tres veces consecutivas las luces de cruce del automóvil.

Esperó mirando hacia arriba, y su espera se vio prontamente recompensada al ver una lamparilla eléctrica que respondía a sus señales encendiendo y apagando tres veces. La luz estaba casi sobre la cabeza de Dudley, en una ventana de la segunda planta. No había escaleras de incendio por aquel lado. Y Darine había asegurado que le sería fácil saltar. ¿Cómo iba a hacerlo desde aquella altura?

Mientras Dudley se hacía esta pregunta, un bulto apareció en la ventana y quedó un instante colgado del alféizar sobre el vacío. Dudley se echó a temblar. ¿Sería aquella loca capaz de arrojarse desde esta altura?

El marino estaba a punto de lanzar un grito de protesta cuando el bulto se desprendió de la ventana y bajó como un proyectil cayendo sobre uno de los montones de basura. Era Darine vistiendo aquel traje de metálicos reflejos amarillos, especie de *«mono»* cerrado a los tobillos y las muñecas que la muchacha llevaba al despedirse de Dudley en la *«astronave»*.

Dudley, seguro de que se habría quebrado por lo menos una pierna, echó a correr hacia la muchacha.

-¡Darine, por Dios! ¿Se ha vuelto loca?

-¡Chist! -la mujercilla salió del montón de basura llevándose un dedo a los labios. Miró arriba hacia la ventana-. Vámonos pronto.

Dudley la siguió hasta el automóvil, en el que ella subió apelotonándose en un rincón.

-Se pudo matar -rezongó Dudley cerrando la portezuela y poniendo el coche en marcha-. Todavía no comprendo cómo no se rompió la cabeza.

-Usted olvida que en mi mundo de origen, más grande que la Tierra, las fuerzas de gravedad son tres veces mayores que sobre este planeta. Esa es la razón por la que nosotros somos mucho más pequeños que ustedes, a la vez que más livianos y más ágiles.

-Reconozco que soy un profano en materia astronómica. Pero aquí en la Tierra, yo me tengo por una persona sensata. Y no apruebo esta su intempestiva fuga, si es eso lo que quiere saber. Eso, claro..., a menos que demuestre poseer poderosos motivos para hacer lo que ha hecho. ¿Por qué ha huido, Darine? ¿Qué es lo que teme del almirante Auspuk?

Dudley, inclinado hacia adelante, conducía despacio a través de la niebla que parecía estar espesando en vez de aclarar. Darine, a su lado, habló en voz baja, como temerosa de ser escuchada por los hombres de su misma raza que ya quedaban atrás en el hotel que se esfumaba entre la bruma.

---Hay algo que ustedes los terrícolas deben saber, Dudley, y que yo no podía decir sin antes alejarme de Auspuk y su cuadrilla...

-¿Qué está diciendo, Darine? -exclamó Dudley sorprendido, volviendo sus ojos hacia ella.

-La Tierra está amenazada de un gran peligro -dijo la mujercita entrecortadamente-. No es un peligro inmediato..., pero es un peligro de todas formas, una amenaza a larga fecha que ustedes deben conocer antes de dar asilo en su mundo a los kiritas...

-¡Darine!

-Auspuk les ha mentido. No es verdad que nuestro planeta Kiro fuera aniquilado a consecuencia de un choque con otro planeta. Kiro existe todavía en los remotos confines del Universo, y nuestro autoplaneta debe regresar a él porque ése es en verdad el más vehemente deseo de una mayoría de los exilados que lo tripulan.

-¡Cielos! ¿Por qué, entonces?...

-¿Por qué ha mentido Auspuk? Yo se lo diré. Auspuk no es en realidad el causante de la desgracia de cuantos vamos en el autoplaneta, pero como hijo del hombre que la hizo, rodeado de los viejos traidores a nuestra patria, lleva adelante la aventura emprendida por su padre con el propósito a larga fecha de regresar a Kiro y tomar venganza en los enemigos de su padre. Kiro les hizo a sus traidores la merced de dejarlos escapar con vida..., y ese error será un día la desgracia de Kiro si ustedes consienten que Auspuk y sus compinches se establezcan en la Tierra. Eventualmente, la Tierra será también víctima de la insaciable sed de poder de Auspuk y sus secuaces.

-Darine, por Dios... ¿Quiere dejar de hablar en medias palabras y explicar todo ese barullo de manera inteligible? -protestó Dudley.

-Lo que yo quiero hacerle comprender es esto, Dudley. No deben permitir que Auspuk y los kiritas que le acompañan asienten su planta en la

Tierra. Si les conceden el derecho de asilo y les dan un pedazo de tierra donde acomodarse, aunque sea muy pequeño, habrán acogido en su seno una víbora que más tarde responderá a su favor devorándoles las entrañas. Auspuk no es bueno. Y no son buenos tampoco los hombres que le secundan en sus perversos planes. Tampoco es cierto que nuestra astronave no pueda continuar su ruta por el espacio. Lo que Auspuk pretende es encontrar aquí un descanso..., digamos, como obtener un punto de apoyo o una plataforma, desde la cual lanzará más tarde su ofensiva contra Kiro. No es un peligro inmediato, como ya le he dicho. Auspuk empezará por montar una poderosa industria en el pedazo de territorio que ustedes le den. Incluso es posible que para mantenerles los ojos cerrados les proporcione una pequeña parte de la ayuda técnica y científica que nosotros les podemos dar. Pero detrás de todo eso están los verdaderos planes de Auspuk y su carnada de traidores. La industria que Auspuk organice aquí en la Tierra construirá principalmente armas..., armas de destrucción en masa, y grandes y poderosas astronaves como la que hemos traído, para llevar la guerra y la desolación y la esclavitud a Kiro..., armas también para dominar la Tierra y aplastar todo conato de rebeldía. Porque para dominar a Kiro, Auspuk tendrá que dominar antes la Tierra..., hacer de este mundo un gigantesco arsenal y un campo de esclavos, a loa que obligará a trabajar para engrandecerle y hacer todavía más poderosa la máquina de guerra que se utilizará para sojuzgarles y destruirles...

La muchacha se interrumpió para recobrar el aliento, y Dudley se volvió a contemplarla con asombro.

-¡Caramba, Darine! No es muy alegre el porvenir que usted nos pinta. Pero dígame ¿por qué ese afán de Auspuk en montar esa gigantesca máquina de guerra?

-Yo se lo diré. En Kiro se enseña al hombre desde niño a respetar la libertad y el derecho de sus semejantes, no deseando para el prójimo lo que nadie querría para sí mismo. Estos altos ideales democráticos se graban en la mente de los niños y allí quedan de por vida..., a menos que una innata maldad del individuo anule todas las enseñanzas que ha recibido, formándose su propio credo para su propio y exclusivo provecho. Y eso fue lo que ocurrió cuando el padre de Auspuk, Auspuk el Viejo, se sintió llamado por su ambición a gobernar los destinos de nuestro pueblo y se proclamó a sí mismo Emperador.

-¡Vamos! -exclamó Dudley sin apartar sus ojos de la cinta del asfalto-. Creo que ya empiezo a adivinar.

-Hacía tanto tiempo que en Kiro no conocíamos un Emperador, que no podía siquiera pasar por la mente de los kiritas que un loco, un día, se propusiese desenterrar caducos sistemas de gobierno que, al menos en Kiro, carecían de razón de existir. La resistencia que encontró Auspuk el

Viejo fue grande, pero él la supo aplastar. Lo hizo sangrientamente, atropellando todos los derechos de los hombres libres de Kiro, emprendiendo una tenaz persecución contra todos aquellos que se oponían a sus planes... Una persecución que duró los sesenta años de su tirano gobierno..., hasta que finalmente estalló una guerra civil que cubrió de sangre y ruinas nuestro viejo planeta. No sin gran esfuerzo, ya que el Emperador había sabido rodearse de secuaces tan ambiciosos como él que ejercían todos los mandos de las Fuerzas Armadas Imperiales, Auspuk el Viejo fue derrotado, destruido su ejército y capturados todos sus correligionarios que no perecieron en la cruenta lucha.

-Supongo que los colgarían a todos...

-No. Si los hombres que luchaban contra el Imperio hubiesen asesinado a los imperialistas, ¿en qué se hubieran diferenciado entonces de aquellos a quienes habían combatido?

-Pero...

-Auspuk el Viejo fue ajusticiado, porque de él habían emanado todas las órdenes que provocaron todas las injusticias que se cometieron. Pero a los demás se les ofreció una oportunidad, si bien que fuese una oportunidad remota, de salvar sus vidas en un forzado exilio. Auspuk, viendo malparado su juego en los últimos tiempos, había ordenado la construcción de una astronave gigantesca…, sabiendo que no habría en Kiro tierra suficiente para ocultarle si era destronado como en efecto lo fue. En Kiro nuestras leyes son muy severas. Los imperialistas habían atropellado todos los derechos de los ciudadanos, pero allí es absoluta la libertad de pensamiento. Así pues no podía condenarse a los imperialistas por sus ideas, sino solamente por haber pretendido imponer las ideas de una minoría por la fuerza a una inmensa mayoría, lo cual iba contra el derecho. El gobierno libre de Kiro, ofreciendo una lección de magnanimidad y justicia a los imperialistas, puso a todos estos en la astronave que Auspuk había construido y los castigó a un destierro eterno. Lo que queda de aquellos traidores y sus descendientes, somos los tripulantes de esa astronave que acaba de arribar a la Tierra.

-¿Así, pues, usted...?

-Sí. Mi padre fue también un traidor. Murió durante los largos años de nuestra travesía del espacio. Dios le haya perdonado -murmuró la mujercilla en voz baja.

Dudley Davies, sorprendido a la vez que impresionado por el extraordinario relato, guardó un minuto de respetuoso silencio. Preguntó luego:

-¿Quedan muchos en la astronave de los partidarios de Auspuk el Viejo?

-Muy pocos, y muy ancianos todos ellos. Tenga en cuenta que llevamos

viajando por el Cosmos un espacio de tiempo equivalente a unos sesenta años de la Tierra. Nuestra tripulación se ha multiplicado con los hijos y los nietos de los fugitivos originales, y muy pocos de nosotros mantienen todavía las absurdas ideas imperialistas del viejo Auspuk. El castigo ha sido terrible, y la inmensa mayoría de nosotros solo aspira a volver a Kiro, animados de la esperanza de que la justicia de Kiro no hará extensivo el castigo que impuso a nuestros padres y abuelos en la persona de sus descendientes. Sin embargo queda todavía una minoría de viejos fanáticos y jóvenes ambiciosos envenenados por las ideas de Auspuk. En pequeña escala, nuestro autoplaneta es una prolongación del Imperio que feneció hace miles de años en Kiro. Unos pocos hombres ambiciosos y vengativos ejercen el mando absoluto de la astronave, arrogándose a la vez el derecho de decidir nuestro destino. Y el destino que Auspuk y los suyos quieren darnos es *ése;* fundar aquí en la Tierra un gran Imperio en la brevedad de diez años, para regresar a Kiro y restablecer allí el absurdo imperio de nuestros mayores.

Dudley Davies asintió con lentos y repetidos movimientos de cabeza.

-Ese Auspuk es realmente un bicho peligroso. Pero todo lo que usted cuenta de él y de su pasado es fantástico, Darine. Temo que vayamos a tropezar con muchas dificultades para hacer creer esa historia aquí en la Tierra, entre los hombres que han de decidir si se concede asilo a los kiritas. Y aun si nuestros políticos le creyeran, Darine... ¿Cómo íbamos a impedir que Auspuk se saliese con la suya? ¿Estamos nosotros en condiciones de luchar contra esa monstruosa astronave que les ha traído a ustedes?

-Nuestra astronave, por sí sola, podría causar tanto daño a la Tierra que ésta no se repusiese jamás del golpe que le asestáramos. Pero no es una guerra abierta contra nuestra astronave lo que yo les propongo, sino la detención de Auspuk y todos los que componen su comisión parlamentaria.

-Eso sería muy arriesgado, Darine. Pero aun si mi gobierno aceptara ese riesgo y detuviera ilegalmente a Auspuk y su comitiva ¿cree que eso bastaría para resolver la cuestión?

-No definitivamente, es cierto. No obstante he ideado un plan...

Dudley Davies sacudió pesimistamente su cabeza. El coche se deslizaba junto a la estación Pensilvania, estando ya a la vista del marino la muestra del hotel donde solo una hora antes había tomado habitación. Escuchando a Darine, Dudley había acabado por cobrar conciencia del lío en que se había metido ayudando a la muchacha a escapar.

Se preguntó si no debería dar media vuelta rápida y devolver a la mujercita al Hotel Ralston, donde acaso ofreciendo una buena propina a los empleados le fuera posible introducir a Darine en su habitación antes que Auspuk descubriese su falta. Pero al mismo tiempo, un temor le atenazó el

corazón.

¿Y si era cierto todo lo que Darine había dicho?

Mecánicamente, Dudley Davies acababa de detener el anticuado «Plymouth» ante el portal del hotel. Tenía que decidir allí mismo, se dijo. Y tomó una decisión. ,

-Vamos a ver si consigo introducirla en mi habitación sin que el dueño de la casa se dé cuenta -farfulló malhumoradamente-. Luego telefonearemos a mi tío el Almirante, y él decidirá.

CAPÍTULO X

Como en aquel despacho del almirante Davies en Washington, 24 horas atrás, el sol poniente daba de lleno en las persianas de la habitación calentando el interior de ésta como un horno.

Dudley Davies, en mangas de camisa y sin corbata, fumaba apoyado un codo en la vieja cómoda. Sentada en el borde del lecho, la diminuta señorita Darine de Kiro apoyaba sus manitas sobre las rodillas, en tanto seguía con sus doradas pupilas el incesante ir y venir del almirante arriba y abajo de la habitación.

Perry J. Davies sacó una vez más su húmedo pañuelo, y secándose con él el sudor que perlaba su frente se detuvo mirando a la mujercita.

-Su historia es realmente fantástica, señorita Darine. No quiere decir esto que niegue sea cierta. Es..., simplemente difícil de admitir. Pero vamos a que transcribo su relato a mi gobierno y se toman disposiciones para detener al almirante Auspuk y su cuadrilla. ¿Cómo responderían los secuaces de Auspuk que se encuentran a bordo de la astronave a esta provocación?

-Ellos no habrían de enterarse -repuso Darine con pupilas brillantes-. Al menos, no deberían saberlo hasta que fuese demasiado tarde. Mi plan consiste en apoderarse de la aeronave que sigue anclada en el río y cargarla de soldados americanos...

-¡Ya! -exclamó el almirante Davies exasperado-. Y cargarla de soldados americanos. Para llevarlos a la astronave, me figuro, y allí intentar la locura de un golpe de mano que acabaría en el más ruidoso de los fracasos.

-No -negó Darine con energía-. Es cierto que existe un grave riesgo de que los soldados no pudieran apoderarse del control de la astronave, pero tenemos también muchas probabilidades de éxito a nuestro favor. Naturalmente, los pocos soldados que cabrían en nuestra aeronave no bastarían para aplastar la resistencia de varios cientos de imperialistas fanáticos. Pero bastaría que esos soldados llegaran al centro de control y abatieran la coraza electrónica que rodea la máquina. Entonces, tropas paracaidistas podrían descender sobre la astronave, y entrando por las puertas que les serían abiertas desde dentro, dominar a los partidarios de Auspuk sin mucho esfuerzo. Los soldados americanos no estarían solos en este caso. Teniendo nosotros el centro de control, yo hablaría desde él por el circuito perifónico explicando a los kiritas que aquellas eran fuerzas liberadoras y amigas que nos estaban ayudando a librarnos de Auspuk y su detestada camarilla. Entonces, todos los que a bordo de la astronave piensan como yo -y somos muchos- colaborarán con los soldados. En el

peor de los casos, se encerrarán en sus casas dejando solos a los secuaces de Auspuk para que se las compongan como puedan, lo que representa también una forma indirecta de ayuda.

El almirante se volvió hacia su sobrino, midiendo a éste con una larga mirada en la que parecía censurarle por haberle hecho venir desde Washington para meterle en este bonito lío.

-Bueno -farfulló finalmente al almirante-. Por fortuna, no es a mí a quien corresponde decidir este caso. ¿Has tomado al menos nota escrita de la declaración de esta señorita, Dudley?

-Aquí está-repuso Dudley tomando un manojo de hojas manuscritas que estaban sobre la cómoda.

El almirante Davies tomó los papeles.

-Llevará al menos una hora despachar todo esto en cifra al Pentágono -murmuró-. Y no será en una hora que decidan allá si se aprueba este descabellado plan. ¿Dónde están Auspuk y su comitiva ahora?

Dudley tomó también de sobre la cómoda un periódico de la tarde que olía todavía a tinta fresca.

-Auspuk y su delegación estuvieron toda la mañana visitando los lugares más pintorescos de nuestra ciudad. Mañana se presentarán de nuevo ante la asamblea de las Naciones Unidas para escuchar la decisión de éstas. Aunque no hay confirmación oficial, parece que Francia está dispuesta a ceder diez mil millas cuadradas de territorio en el Sáhara para que los kiritas se asienten allí y demuestren su alta técnica fertilizando ese pedazo de yermo. Naturalmente, la ONU exigirá garantías a la comisión de Auspuk respecto a las intenciones pacíficas que guían a la población inmigrante.

-¿Y de la desaparición de esta señorita, qué se dice en los periódicos?

-Se supone que la señorita Danne, habiendo decidido dar por su cuenta un paseo solitario, se extravió en las calles de Nueva York. La policía la anda buscando, pero no se tiene el menor rastro de ella por el momento.

El almirante volvióse hacia la muchachita que estaba sentada en el borde de la cama con las esbeltas piernas colgando en el vacío.

-¿Cree que Auspuk pueda sospechar algo de la verdad de sus intenciones?-preguntó.

-Es posible que tenga algunas sospechas, aunque quizá piense que no me atreva a pedir asilo político a las autoridades americanas. Auspuk me pretendía..., es decir, deseaba que fuese su esposa. Probablemente creerá que he huido por esta causa. Él sabe que le detesto.

De nuevo la mirada del almirante se clavó severa en su sobrino.

-Debiste hacerla volver al hotel inmediatamente, Dudley -dijo.

A lo que el joven contestó:

-Ya lo pensé. Pero en el supuesto que lo hubiese hecho ¿me habrías creído si te hubiese contado esta historia yo mismo?

El almirante se quedó pensando un minuto. Luego movió su gris cabeza y dijo:

-Para bien o para mal, la cosa ya está hecha. Voy a ocuparme de despachar este informe a Wàshington -dobló las cuartillas y las guardó en un bolsillo-. Haré que por mi cuenta y a mi riesgo se vigile a Auspuk y se le impida regresar a la aeronave, si es que lo intenta antes que hayamos tenido respuesta de Washington.

-Te acompaño hasta la calle -dijo Dudley tomando de la percha su gorra y su chaqueta de uniforme-. Este hotel no sirve comidas. Compraré algo para comer.

Dudley salió detrás de su tío cerrando la puerta con llave y echándose ésta al bolsillo. Bajaron la escalera, y al llegar a la calle donde esperaba el automóvil oficial del almirante, éste dijo a su sobrino.

-No pierdas de vista a la muchacha, Dudley. Si desapareciera ahora íbamos a hacer el gran ridículo.

-No creo que tenga ganas de volver con los suyos, descuida. De todas formas no la dejaré sola un instante.

El almirante subió a su coche y Dudley siguió por la acera hasta una tienda de ultramarinos próxima. Advirtió un mayor tránsito de automóviles y peatones por las calles. Mucha gente estaba regresando a la ciudad, viéndose numerosos coches cargados de maletas y diversidad de equipaje, la mayoría cubiertos de polvo, lo cual indicaban que habían estado corriendo por perdidos caminos de montaña antes de decidirse a volver a la ciudad, animados por las buenas noticias que daba la radio.

Dudley regresó con un montón de provisiones a su habitación del hotel, donde encontró a Darme atisbando la calle desde la ventana, a través de las hojas de la persiana.

-Bueno -dijo Dudley empezando a abrir los diversos paquetes que había traído-. Me parece que por ahora no va a ver realizado su deseo de pasear por Nueva York.

-Tendré tiempo de hacerlo más tarde, cuando nuestra astronave sea liberada, antes de emprender el regreso a Kiro -dijo la muchacha regresando al centro de la habitación.

Dudley le tendió un pedazo de salchicha que acababa de cortar con una navajita.

-Respecto a ese viaje, Darine..., ¿es preciso que regresen nuevamente a Kiro? -preguntó con ansiedad-. Ahora que las Naciones Unidas parecen dispuestas a cederles un territorio donde acomodarse... ¿No sería mejor para ustedes quedar en la Tierra adoptándola como segunda patria?

-Eso sería tal vez lo más cómodo para nosotros, aunque no lo mejor para nuestros hijos. Muchos de los que emprendamos el regreso no llegaremos jamás a Kiro, y los que lleguen encontrarán allí un mundo muy

distinto de aquel que les fue descrito por nuestros viejos libros de texto y nuestras películas retrospectivas. Viajando por el espacio a una velocidad equivalente al noventa por ciento de la luz, nosotros vivimos solamente un año mientras aquí en la Tierra, y también allá en Kiro, transcurren cien años. Así pues, habrán transcurrido doce mil años en números redondos, desde el día que nuestros padres emprendieron el éxodo cósmico hasta que nosotros regresemos a la patria. En doce mil años, nuestra raza puede haber evolucionado hasta formas que nos son difícilmente concebibles. Aquellos de nosotros que consigan llegar se encontrarán ante un mundo extraño, y puede que les resulte costosa su adaptación a la nueva forma de vida. Pero con todo, ellos se sentirán dichosos de regresar a la patria. Toda criatura debe regresar al seno de la tierra que la creó, y ése es también el destino ineludible de los kiritas expatriados...

Dudley Davies la miraba asombrado, porque esta perspectiva que la pequeña mujer abría ante sus ojos, jamás a él se le había ocurrido.

-Eso es..., terrible, Darine -murmuró entrecortadamente-. No había pensado que tragedias tan grandes pudieran ocurrir. Si en su Kiro de origen han transcurrido doce mil años de la Tierra cuando ustedes regresen allá... ¿No es razón de más para desistir de ese gigantesco viaje y quedarse aquí en la Tierra? ¿O prefieren ustedes vivir los años que les quedan de vida encerrados en los férreos muros de su astronave, a vivirlos y gozarlos aquí en un mundo con atmósfera, con cielo, con océanos y plantas?

-No, Dudley -repuso la muchacha dulcemente-. Para nosotros resultaría más fácil quedamos en la Tierra..., y ésa es la más grande de las tentaciones que hemos de vencer. Para los que nos encontramos a medio camino de nuestra vida y no confiamos en llegar a ver jamás la patria, sería el más grato de los descansos echar pie a tierra en este hermoso mundo y entregarnos al voluptuoso goce de vivir. Sin embargo, también a las puertas de la muerte querríamos que nuestras cenizas fuesen a descansar en el sagrado suelo patrio..., y eso es lo que ocurre con los más viejos de nuestros tripulantes. A su vez, los jóvenes, no nos perdonarían nunca haberles condenado a no ver por sus ojos el mundo del cual proceden. Jóvenes y viejos desean el regreso inmediato a Kiro..., y nosotros, en otros aspectos, lo deseamos también. Nunca llegaríamos a ser completamente felices en este mundo extraño a nuestra naturaleza, y al fin de nuestros días lamentaríamos la cobardía que nos impidió regresar a nuestro mundo.

Dudley Davies la estaba mirando absorto, por lo que la mujercilla concluyó:

-Quizá sea necesario vivir este espantoso dilema para comprenderlo, Dudley.

-Sí, seguramente-murmuró el marino.

-Le he entristecido-dijo ella.

-Es cierto. Lamentaré mucho verla partir. Nuestro mundo también sufrirá una lamentable pérdida con su marcha. Su ciencia y la avanzada técnica de que son portadores, podrían servimos de mucho para elevar el nivel de vida de los terrícolas. ¿No es así?

-No, Dudley -Darine sonrió dulce y persuasivamente-. En ese otro aspecto, viendo las cosas desde el punto de vista más favorable a la Tierra, nuestra partida es todavía más urgente y necesaria. Yo creo que en este planeta hay hombres bastante inteligentes para haber comprendido ya, que todas las cosas que nosotros pudiéramos enseñarles no redundarían en la felicidad inmediata de la Tierra, sino más seguramente en su desgracia. Tengo la absoluta certeza que esos hombres que todavía debaten en la sede de la ONU han llegado a esta conclusión, solo que no se atreven a manifestarla por temor a nuestra fuerza. La Tierra es todavía demasiado joven e inexperta para recibir en sus manos todo el acopio de ciencia y alta técnica que los kiritas hemos alcanzado como fruto de una civilización muchos miles de años más antigua. Nadie pondría en las manos de un niño una bomba cargada con fulminante, y a eso equivaldría depositar en manos de la actual generación de la Tierra los grandes adelantos de que somos portadores.

-¿Tanto, Darine? -inquirió Dudley, un poco avergonzado por la parte que le tocaba-. ¿No será exagerar mucho?

-No, Dudley. La Tierra es todavía demasiado joven, inquieta y bulliciosa, para que nosotros confiemos en sus manos una parte siquiera de la Ciencia que hemos conseguido acopiar. En primer lugar, ustedes no sabrían apreciar en su valor los adelantos que les confiáramos. Y luego, es muy posible que no supieran qué hacer con todo ello, o creo que, incluso sin enseñarles nada nuevo, ustedes han corrido demasiado aprisa anticipando el advenimiento de los adelantos científicos a la solución de otros muchos problemas más importantes que elevar el nivel general de vida. Ya tienen ustedes domesticada una fuerza poderosa; la escisión del átomo. ¿Y qué uso han dado hasta ahora a esta fuerza? No, amigo mío. Los kiritas no les enseñaremos nada nuevo. La única enseñanza que merecen recibir, es la forma de comportarse como seres sensatos y honrados. Derriben ustedes primero todas las barreras geográficas, raciales, políticas y religiosas que les separan, y habrán conseguido más que todo cuanto nuestra vieja civilización puede darles. Pero lo malo de esto es que nadie les puede enseñar cómo han de vivir en lo sucesivo, excepto la propia enseñanza que obtengan de sus experiencias, de sus ensayos y sus fracasos. La Tierra tendrá que pasar por todo ello antes de alcanzar su plena experiencia..., y nadie puede acortar ese largo y duro camino por la línea recta. Nadie lo puede experimentar y vivir por ustedes. ¿Me comprende?

-Sí-murmuró Dudley lenta y remolonamente-. Le comprendo. Sé lo que

quiere decir... Y creo que tiene razón.

Darine le tendió su manita, que Dudley estrechó con fuerza entre la suya.

CAPÍTULO XI

Sentado junto a la ventana abierta, en la oscuridad de la habitación, Dudley Davies fumaba cigarrillo tras cigarrillo vigilando la calle. En la esfera luminosa de su reloj, las manecillas estaban juntas sobre las dos.

En aquel momento, un potente *«Buick»* negro circuló por la calle y vino a detenerse suave y silenciosamente ante la puerta del hotel. Dudley se puso en pie de un salto y estiró la cabeza fuera de la ventana. ¿Sería el almirante que regresaba con noticias? Dudley se arriesgaba a sufrir una gran decepción, pero el corazón le latía apresuradamente.

No era el mismo coche que aquella tarde trajo al almirante. De todos modos, quienquiera que fuese, un hombre salió del coche y cruzó rápidamente la acera entrando en la casa. El coche quedó esperando con las luces apagadas. Dudley se retiró de la ventana. Cuando cruzaba la habitación hacia la puerta, Danne despertó y preguntó:

-¿Ocurre algo, capitán?

-Nada. Siga durmiendo.

El marino pegó el oído a la puerta. Se escucharon pasos en la escalera. Los pasos avanzaron por el pasillo y se detuvieron. Dudley tiró de la puerta, encontrándose ante el almirante Davies.

-¡Por fin! -exclamó el joven.

El almirante entró en la habitación y Dudley cerró tras él preguntando con ansiedad:

-¿Hay noticias?

-Washington tardó en decidirse, pero el plan ya está en marcha. He de hacer algunas preguntas a la señorita Darine. Señorita ¿cree que podremos hacer entrar nuestros aviones de transporte a través de la coraza electrónica?

La muchacha había saltado de la cama y se encontraba en el centro de la habitación, bajo la difusa luz que llegaba de los anuncios luminosos de la calle.

-La única forma de hacer que sus aviones atraviesen esa cortina, consiste en hacerlos pasar en el breve instante que sea abatida la coraza para dejar paso a nuestra aeronave.

-Eso era exactamente lo que quería saber -dijo el almirante dejándose caer en una silla-. Al meditar más despacio en su plan, he visto que los paracaidistas no podrían llegar hasta la astronave antes de trascurrida una hora después de ser abatida la coraza electrónica desde dentro. Claro que así surge otro problema; el de hacer llegar los aviones a través de esas doscientas millas hasta la astronave. Pero usted podría utilizar la radio, por ejemplo para anunciar que volvían acompañados de un par de aviones cargados de turistas, representantes de las Naciones Unidas, o cualquier

otro pretexto que pudiera creerse.

-Creo que podré engañar a los vigías de la astronave -dijo la kirita-. Para mí, la dificultad mayor consiste en apoderarnos de la aeronave sin causar alarma.

Darine expuso mejor sus temores, llegando finalmente a un acuerdo con el almirante sobre el mejor plan de acción. El almirante, a despecho del resultado que pudiera tener esta primera fase de la empresa, utilizó el teléfono del hotel para hablar con el comandante de las tropas paracaidistas de la Infantería de Marina que estaban preparándose. Como los aviones tardarían casi cuatro horas en volar la distancia de Nueva York al punto del océano donde comenzaba el banco de hielo, el almirante ordenó que saliesen inmediatamente aquellos aviones, a fin de encontrarse en los límites del campo de hielo cuando la aeronave llegase allí..., si es que llegaba.

Cuando Perry J. Davies colgó el teléfono eran las 2:30 de la madrugada. El almirante dijo entonces:

-Saliendo a las tres, nuestros aviones estarán rondando la coraza electrónica a las siete de la mañana con buena luz. Luego todavía invertirán casi otra hora en aterrizar sobre el techo de la astronave. Esa será una hora crítica para ustedes, mientras tratan de apoderarse del centro de control y se sostienen allí hasta la llegada de nuestras tropas paracaidistas. Dudley, he pensado que tú deberías acompañar a la señorita Darine en esta expedición.

-No te hubiera perdonado que me dejaras fuera del asunto, precisamente después de haber trabajado la masa cuando solo falta meter en el horno el pan -repuso Dudley Davies riéndose nerviosamente.

-Disponemos de tres horas para detener a Auspuk y su comisión y apoderarnos de la aeronave -dijo el almirante. Se volvió hacia la mujercilla-. ¿Qué estima usted mejor? ¿Asaltar primero la aeronave, o detener a Auspuk y sus secuaces?

La muchacha meditó largamente.

-Mejor que vayamos primero por la aeronave -dijo-. Sin el aparato, Auspuk no puede regresar a la astronave. Y yendo las cosas mal, siempre sería algo tener en nuestras manos la aeronave.

-Usted lo ha dicho -dijo Perry J. Davies-. Vamos allá.

El almirante condujo en su automóvil a Darine y Dudley hasta el muelle del East River donde se acababa de reunir una pequeña fuerza de comandos de Infantería de Marina al mando de un capitán. Las márgenes del río estaban desiertas a esta hora, y en el centro del East River, la extraña aeronave kirita en forma de puro se balanceaba tirando suavemente de la amarra que habían echado a una boya.

-Hay cuatro tripulantes a bordo de la nave -dijo Darine-. Y la puerta solo se puede abrir desde dentro. Así pues, habré de utilizar mi

radioteléfono para anunciarme y hacer que me faciliten la entrada. Si los pilotos desconfían, todo se habrá perdido.

-¿Dónde está su radioteléfono que no lo he visto? -preguntó el oficial de comandos.

Darine señaló el artístico cinturón de oro que rodeaba su esbelta cintura. Este representaba en el centro un sol llameante. La muchacha apretó algún oculto resorte que separó la esfera del sol del resto de la prenda. El pequeño disco, en su parte interior, era a la vez micrófono y audífono. Todos los miembros de la comisión parlamentaria que acompañaban a Auspuk llevaban un cinturón igual o parecido, con un diminuto receptor-emisor de radio cada uno. Por esta causa, Darine señaló la conveniencia de asaltar primero la aeronave. Intentar detener a Auspuk a hora tan intempestiva ofrecía sus riesgos, pues el desconfiado almirante utilizaría su cinturón para comunicar a su autoplaneta que algo anormal ocurría.

Ahora, Auspuk y los suyos estarían durmiendo, teniendo sus cinturones colgados del respaldo de una silla próxima. Existía un riesgo de que los tripulantes de la aeronave llamaran a Auspuk, pero podía ocurrir que éste no oyese la débil señal de aviso, y esto era lo que se esperaba. De todas formas era un riesgo que se había de correr.

-Bien.

-Vamos -dijo Darine.

Él almirante sacó una pistola del bolsillo y se la tendió a su sobrino.

-Por si acaso, Dudley. Buena suerte.

Dudley tomó el arma y siguió a Darine, al capitán Fusch y a los tres soldados de marina que le precedían a la lancha. Ninguno llevaba armas visibles, aunque todos traían su pistola en el bolsillo, y los soldados pequeñas porras de goma.

La lancha puso el motor en marcha y navegó a través del East River en dirección a la aeronave. Darine empuñó el pequeño disco arrancado de su cinturón y empezó a hablar rápidamente en su enrevesado idioma. Hasta Dudley, que estaba junto a ella, llegó el sonido de una voz que brotaba del audífono. La muchacha hizo una seña de asentimiento a Dudley y la lancha atracó al costado del buque volador. Ella guardó el audífono.

-¿Se dejaron engañar?-preguntó Dudley.

-Parece que estamos de suerte. Los pilotos, al parecer, no se enteraron todavía de mi desaparición. Les dije que venía mandada por Auspuk y van a abrir la puerta..., ¡cuidado!

La puerta de acero de la aeronave se abría en este momento hacia dentro, justo al nivel de la borda de la embarcación. Un rayo de luz brotó de las entrañas de la nave cayendo de lleno sobre Darine. En la puerta se recortaba la silueta de un hombre. Había un segundo kirita sosteniendo la

puerta abierta, y los dos estaban armados de unas pequeñas aunque eficaces pistolas.

Darine habló unas palabras, el que estaba en la puerta se apartó y la mujercilla saltó a bordo de la aeronave. Dudley sustituyó a la muchacha, sobre la cubierta donde ésta había estado. En este momento, Darine asestó un estupendo puñetazo a la barbilla del pigmeo que la estaba interpelando. El hombrecillo cayó sobre el compañero que estaba detrás y Dudley saltó a bordo de la aeronave empuñando su pistola.

-¡Cuidado, Dudley! -gritó Darine.

El marino se apartó y una descarga eléctrica de elevado voltaje salió del arma del enano y restalló al pegar contra el marco metálico de la puerta. No hubo apenas ruido, pero la chispa hizo un agujero en el metal.

Dudley levantó su pie alcanzando al pigmeo en la barbilla con la puntera del zapato. La cabeza del hombrecillo pegó contra las planchas del piso. Darine se inclinó, le quitó la pistola y apuntó al otro hombrecillo que se estaba incorporando. Algo dijo, seca y enérgica, que hizo que los dos kiritas se estuvieran quietos. El capitán Fusch y dos soldados entraron en la aeronave y recogieron la otra pistola que estaba en el piso.

Darine interrogó a los kiritas en su idioma. Uno de los dos contestó. Darine señaló adelante hacia el corredor y dijo:

-Los otros dos tripulantes están durmiendo. Allí, en la tercera cabina a la derecha.

Busch echó a correr seguido de los soldados. De pronto, la puerta de acero de la cabina se abrió. Un hombrecillo salió al pasillo empuñando una pistola eléctrica.

-¡Tira esa arma! -gritó Fusch.

El kirita no le entendió o simplemente optó por la resistencia desesperada. Disparó. La descarga eléctrica alcanzó al oficial y le derribó fulminado. Los dos soldados de marina se detuvieron indecisos, aterrados frente a la mortal eficacia de aquella arma desconocida. Luego, repentinamente, los dos se echaron contra la pared al levantar nuevamente el pigmeo su pistola.

Dudley y Darine quedaron en la línea de tiro de la pistola eléctrica. Dudley disparó su pistola sin vacilación. El pigmeo cayó.

Otro hombrecillo apareció en el vano de la puerta. Miró al piso, vio a su compañero y retrocedió metiéndose de un salto dentro de la cabina. Los soldados de marina recobraron de pronto su valor. Uno saltó adelante y metió su pie entre la puerta y el marco, impidiendo que ésta se cerrara. Abrió de un empujón y se metió dentro. Sonó un disparo.

El infante de marina salió con la pistola humeante en la mano.

Dudley se inclinó sobre Fusch. Darine dijo:

-Es inútil, está muerto. Electrocutado. Esas pistolas matan aunque le

alcancen a uno en un dedo de la mano. Lo siento.

Dudley hizo una seña a los dos soldados de marina.

-Atenles las manos a estos dos -dijo señalando a los pigmeos desarmados. Volvió a la puerta y dijo al soldado que estaba en la lancha esperando-. Vuelva al muelle y dígale al almirante que todo va bien.

-Sí, señor -dijo el soldado.

La lancha se alejó petardeando y Dudley se volvió a mirar a Darine.

-Bien -dijo señalando el cadáver de Fusch-. La Tierra ha ofrecido ya su primera víctima, si descontarnos a los pilotos que se estrellaron contra la barrera electrónica, porque ignoraban que existiese. Esperemos que las cosas no se compliquen al extremo que tengan que arder las bombas atómicas sobre el mundo.

Darine se limitó a fruncir sus rojos labios en silencio.

CAPÍTULO XII

Puesto que la aeronave estaba en manos de Darine y estaba controlada la radio de a bordo, el almirante Perry J. Davies no estimó necesario proceder a la detención de Auspuk todavía.

-Le detendremos a las nueve, cuando se dirija con su comisión al edificio de las Naciones Unidas. De esta forma no nos arriesgamos a que pueda dar la alarma a la astronave -dijo al despedirse de Dudley en el muelle. Añadiendo después-: Buena suerte, muchacho. Y que Dios os proteja.

El lanchón atestado de comandos de Infantería de Marina esperaba junto al muelle. Dudley saltó a él, y la embarcación se puso en marcha abriéndose paso entre la niebla hasta la aeronave kirita que cabeceaba suavemente sobre las aguas grises.

Los comandos, cien hombres en total incluidos tres tenientes, bajo el mando del comandante Jerryson, ocuparon totalmente las cabinas obstruyendo el paso por los corredores con su equipo acumulado; ametralladoras, «*bazucas*», mochilas, emisoras de radio portables, fusiles y demás pertrechos de guerra. Media hora más tarde, a las seis de la mañana, la aeronave cerró sus puertas, dejó oír un penetrante zumbido y se elevó suavemente para virar y empezar a volar en dirección al sol naciente.

Los propios pilotos de la nave conducían. Pero a sus espaldas, dos curtidos sargentos de la Infantería de Marina de los Estados Unidos los tenían encañonados con sus pistolas, listos para saltarles la tapa de los sesos al menor intento de traición.

Cerca de los pilotos, Darine permanecía vigilante ante la radio.

A las siete menos minutos, la aeronave entraba en contacto con los aviones-transporte que volaban hacia la coraza electrónica de la astronave kirita. La máquina redujo su velocidad hasta acomodarla a la de los aviones. Darine comunicó por radio con la estación de la astronave. Habló unos minutos en lengua kirita y esperó. La estación de la astronave contestó y Darine suspiró aliviada mirando a Dudley.

No se cruzó palabra. La aeronave siguió volando acompañada de los aviones transporte. Abajo avanzaba la blanca extensión del banco de hielo. Cuando estuvieron sobre éste, los expedicionarios supieron que acababa de cruzar por donde un minuto antes se levantaba la invisible e impenetrable cortina electrónica. Todo marchaba, bien y Darine ordenó a los pilotos forzar un poco la marcha. Una excesiva lentitud podía despertar sospechas en los suspicaces oficiales del puente de mando de la astronave, así como demasiada precipitación.

Los seis aviones de transporte, cada uno de los cuales llevaba a bordo un centenar de infantes de marina formidablemente pertrechados, incluso

con caretas antigás, quedaron pronto rezagados. La formidable mole de la *«astronave»* iba alzándose en el brumoso horizonte, dorado por arriba por los primeros rayos del sol.

Los ojos de Dudley Davies y los oficiales de comandos estaban fijos en la gran pantalla apaisada de televisión, que a modo de ventanilla se encontraba un poco alta sobre el tablero de instrumentos de los pilotos.

Al aproximarse a la *«astronave»*, Darine ordenó retener la marcha. Arriba y en el costado de la gigantesca máquina acababa de abrirse una enorme escotilla, capaz para dar paso a la aeronave hasta el interior del gran hangar donde 48 horas atrás Dudley se había despedido de Darine junto a la escalerilla de este mismo cigarro volador.

Darine dio una seca orden a los pilotos. La aeronave se elevó ligeramente, y pasando por encima de la puerta abierta, se encontró volando sobre el techo de la *«astronave»*. Darine volvía a hablar rápidamente por la radio. Aun sin entender el idioma kirita, Dudley Davies podía imaginar sin esfuerzo el contenido de aquella conversación.

-¡Oigan! ¿Dónde diablos van ustedes? ¿Por qué no entran por la puerta que está abierta? -preguntarían los oficiales del puente de mando desde la *«astronave».*

Darine contestaría con acento irritado:

-*¿No les dije que llevamos a bordo al muy honorable presidente de la asamblea de las Naciones Unidas de la Tierra?* El almirante Auspuk quiere impresionar a nuestros ilustres huéspedes ofreciéndoles una perspectiva desde arriba del techo de la astronave. Nos posaremos aquí y bajaremos en el gran montacargas. Envíen para arriba el ascensor.

La *«astronave»,* que adoptaba la forma de un disco o gigantesca tableta de aspirina, presentaba arriba en su centro una despejada planicie de unos seis kilómetros de extensión, más que suficiente para permitir sobre ella el aterrizaje de los aviones que venían detrás. Después de esta altiplanicie circular, el techo se inclinaba para formar el canto biselado que a todo su alrededor tenía la gigantesca máquina.

La aeronave voló hacia el centro de esta meseta y se detuvo quedando inmóvil en el aire. Luego, zumbando, descendió al tiempo que desplegaba su tren de aterrizaje y se posó sobre el techo de la *«astronave»* con blando choque de amortiguadores.

La primera parte del arriesgado plan de Darine, concluía aquí. A través de la pantalla, Dudley pudo ver cómo se abría ante la máquina una sección del *«piso»,* equivalente en sus dimensiones al hueco de una piscina de reglamento. Era la gigantesca puerta del montacargas, equivalente de los que se utilizaban a bordo de los grandes portaaviones de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, aunque mucho mayor.

Darine abandonó el aparato de radio diciendo al comandante:

-Desembarquen.

El comandante Forrest gritó:

-¡Desembarquen! ¡Todo el mundo a tierra! En el angosto pasillo resonaron las armas y las piezas del equipo de los soldados. Los comandos empezaron a saltar rápidamente de dos en dos por la puerta que acababa de abrirse.

La larga, nerviosa espera, había terminado. Dudley Davies empuñó su pistola sintiéndose estremecido por la corriente de una eléctrica acción. Un par de soldados estaban amarrando sólidamente a los pilotos a sus asientos.

-¡Vamos!

Al saltar sobre la cubierta de la *«astronave»* un fuerte y fresco viento estuvo a punto de arrancar la gorra de la cabeza de Dudley Davies. Los soldados, previamente instruidos sobre lo que debían hacer, corrían a tomar posiciones alrededor de los bordes del gran pozo rectangular que se abría en el centro de la meseta. Pero ninguno se asomó. Se esperaba que la plataforma del montacargas apareciera de un momento a otro, y esto no tardó en ocurrir.

Un fuerte zumbido anunció la proximidad de la plataforma que subía. Los soldados se agruparon en las cuatro esquinas del rectángulo. En una de ellas, Darine no recordaba exactamente cuál, aparecería la casilla del operario que manejaba el gran montacargas.

Cuando la cúpula de la casilla apareció brotando del pozo, la suerte quiso que ésta viniese a parar precisamente en la esquina donde se encontraba Dudley.

Dudley no era un comando, pero no se entretuvo a pensar en ello. Dio un brinco prodigioso y se plantó junto a la casilla, justo en el momento que la plataforma se detenía al enrasar el nivel de la cubierta. Dentro de la casilla había dos pigmeos que pegaron un salto de sorpresa al ver tanto soldado «*gigante*» avanzar y caer sobre la plataforma en forma de alud.

Dudley abrió de un tirón la puerta de la casilla acristalada y se inclinó encañonando con su pistola a los dos hombrecillos que estaban con las manos sobre las palancas del montacargas.

-¡Salgan de ahí! -ordenó Dudley, olvidándose que los kiritas no entendían probablemente su inglés.

Uno de los hombrecillos respondió empujando una palanca. Se escuchó un zumbido, y la plataforma empezó a bajar cuando apenas acababa de detenerse. Los soldados de marina que todavía no habían brincado al montacargas se apresuraron a hacerlo ahora. Algunos cayeron ya desde una altura considerable, debido a la gran velocidad del ascensor. Pero todos estaban sobre la plataforma cuando Dudley disparó y atravesó la cabeza del kirita de un balazo.

El hombrecillo cayó. El otro se apresuró a levantar los brazos, señal que

en el lenguaje de señas universal equivalía a la rendición incondicional. Darine estaba junto a Dudley y se precipitó dentro de la casilla para parar el montacargas.

En el plan original, se había convenido que el montacargas esperaría arriba diez minutos dando tiempo que se fueran acercando los aviones, pero Dudley ahora gritó:

-¡No lo pare, déjelo! -la mujercilla le miró-. Si los oficiales del puente están siguiendo la marcha del montacargas, seguramente les extrañará verlo detenerse de nuevo. Vamos abajo, y sea lo que Dios quiera.

El montacargas siguió bajando a gran velocidad, pasando ante las cerradas puertas de acero de todos los pisos de la *«astronave»* que se encontraba en el trayecto. Los comandos, recelosos, empuñaban crispadamente sus armas.

Darine, con los ojos sobre la aguja que indicaba los sucesivos pisos, empezó a contar los que faltaban para llegar al puente central.

-Cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno. ¡Alto!

El montacargas se detuvo en seco y dos grandes puertas corredizas de acero se abrieron silenciosamente a los lados opuestos de la plataforma...

-¡Por aquí! -gritó Darine con su fina y aguda vocecilla.

Los soldados que iban atolondradamente hacia el lado opuesto volvieron chocando unos con otros. Darine utilizó su pistola eléctrica para disparar tres descargas contra los mandos de la cabina, los cuales destrozó para que el montacargas no pudiera moverse.

La tropa, al salir en apretado pelotón, se encontró en una de aquellas concurridas calles de piso de acero que ya Dudley había conocido en su primera y breve estancia a bordo de la *«astronave»*. Los kiritas que vieron salir a los gigantes del montacargas quedaron paralizados por el asombro. Darine, dando prodigiosos, saltos de tres metros, se puso al frente del pelotón indicando el camino.

-¡Síganme por aquí! ¡Corran!

El puente de control de la gigantesca nave interplanetaria estaba al otro lado de la calle. Dos policías o soldados kiritas montaban guardia a cada lado de la puerta...

Los peatones huían ahora espantados ante la invasión de los gigantes que hacían temblar las planchas con el paso rápido de sus botas claveteadas. En la confusión que siguió, acompañada de gritos y carreras, los centinelas del puente de mando quedaron un momento indecisos. Luego empuñaron sus riñes eléctricos...

Las *«metralletas»* de los comandos tabletearon ruidosamente entre los altos mamparos de acero que formaban las fachadas de los edificios. Los centinelas rodaron por el piso. Darine llegó primera, saltó por encima de los cadáveres de sus dos compatriotas y entró primera en el puente de

control, seguida del comandante Forrest, de Dudley, y todos los demás a continuación.

Un largo y ancho corredor de muros y techo de acero se ofreció a los precipitados pasos de los comandos. Sonó con estruendo un maldito timbre de alarma...

Las puertas de acero se abrieron a un lado y otro. Oficiales y soldados del cuerpo de guardia salieron apresuradamente, las armas en la mano y la mirada espantada sin saber todavía a qué obedecía aquel alboroto.

Como un alud, los gigantes terrícolas cayeron sobre aquellos pigmeos arrollándolos contra los muros. Brillaron los fogonazos de las armas automáticas y los deslumbrantes chispazos de las mortíferas pistolas eléctricas. Algunos comandos cayeron. El resto pasó bajo la férrea cortina que estaba cayendo y obstruyendo el fondo del pasillo.

La irrupción de los infantes de marina en el puente de mando fue impetuosa y ruidosa. Los oficiales kiritas que echaron mano a sus armas cayeron agavillados bajo las rechinantes balas americanas. La cortina de acero había caído detrás del último comando, y la espaciosa sala atestada de instrumentos y mandos y pantallas de televisión, había quedado así aislada del resto del *«autoplaneta»*.

La superioridad numérica estaba al menos en este recinto de parte de los corpulentos comandos. La lucha fue breve y los oficiales del puente fueron en un instante arrinconados y desarmados. Darine corrió hacia los controles..., tiró de unas palancas. Su bello rostro estaba pálido al volverse hacia Dudley Davies, que no se había separado de ella un instante:

-Ya puede sentarse ante la radio y anunciar a la segunda oleada de aviones que ha desaparecido la barrera electrónica -dijo.

Dudley conocía ya la cabina de radio desde la cual había lanzado su primer sensacional mensaje a la base de Newport. Poco después, Darine se le reunió allí, y mientras Dudley llamaba a los aviones comunicándoles la buena noticia, la muchacha kirita empuñaba otro micrófono y empezaba a hablar por los altavoces del circuito perifónico de toda la ciudad flotante.

Dudley tampoco podía comprender ahora una palabra de cuanto la chica decía, aunque casi lo adivinaba por el acento cálido, a la vez que enérgico y persuasivo de su voz.

Darine hablaba a la conciencia de sus compatriotas, anunciándoles la detención del almirante Auspuk que en estos momentos se llevaba a cabo en Nueva York, animándoles a apresar y desarmar a los oficiales y las fuerzas de policía adictas al tirano, prometiéndoles un pronto regreso a la lejana patria...

En todo el autoplaneta, las palabras de la muchacha produjeron profunda sorpresa y alegría. Sin embargo, las armas estaban todavía en manos de los secuaces de Auspuk, quienes negándose a creer que su

Emperador en ciernes estuviera detenido, se aprestaron a sangrienta y enconada resistencia...

En todos los diversos pisos y dependencias de aquella colmena flotante, los disturbios estallaron sangrientos y violentos. Muchos kiritas, la mayoría, se refugiaron en sus casas con sus familias para limitarse a escuchar las noticias contradictorias que ambos bandos daban por la radio y esperar los acontecimientos. Pero otros grupos, especialmente la gente joven que deseaba el regreso a Kiro abandonando toda estúpida pretensión a restaurar el desacreditado Imperio, se dedicaron a la caza y captura de los policías adictos a Auspuk, logrando algunos apoderarse de sus armas y entablando con ellas dura lucha de calle en calle y esquina en esquina.

Mientras tanto iban pasando los minutos. Los partidarios de Auspuk, con sopletes de alta potencia y explosivos, trataban de forzar el paso hasta el puente de control ocupado por los gigantes terrícolas.

Y a cada minuto que transcurría, los aviones americanos estaban más cerca. Las fuerzas de Auspuk ignoraban la inmediata llegada de tropas paracaidistas, ya que la noticia del paso de aquellos aviones había quedado dentro de la, cámara de control sin trascender afuera.

Pocos minutos después, los aviones estaban sobre la *«astronave»* y aterrizaban felizmente contra el viento. Los infantes de marina saltaron a la cubierta de acero y corrían llevando sus paracaídas a la espalda hacia el gran pozo rectangular abierto en el centro de la meseta. Al llegar al borde del pozo, los *«marinos»* echaron una mirada abajo. Luego saltaron al abismo y tiraron de las cuerdas de sus paracaídas.

Como copos de nieve bajaron los paracaídas por aquella enorme chimenea, hasta la plataforma del montacargas que había quedado bloqueado a la altura del puente de mando...

Las fuerzas de Infantería Marina, entraron al asalto. La lucha fue dura, al menos en aquel piso del «autoplaneta», de importancia vital para ambos bandos. El puente quedó finalmente en manos de los paracaidistas y esta victoria local determinó el rápido cese de toda resistencia.

Cuando los acalorados imperialistas miraron en torno, la *«astronave»* estaba rodeada de buques de guerra, y por encima, de ella paseaban compactas formaciones de bombarderos atómicos y cazas a reacción. Los paracaidistas que llegaron en la segunda y más numerosa oleada apenas tuvieron que disparar unos tiros. Los partidarios de Auspuk, convencidos de la inutilidad de su lucha, depusieron las armas.

EPÍLOGO

La perspectiva que se alcanzaba a divisar desde el extremo de la meseta que formaba la cubierta del *«Autoplaneta»* era realmente magnífica, con todos aquellos buques cubriendo la línea del horizonte. No solo los grandes acorazados, los buques portaaviones y los cruceros de la Armada de los Estados Unidos se habían dado cita en aquel punto del Atlántico. Muchos paquebotes fletados exclusivamente para ofrecer a los curiosos el espectáculo del despegue de la *«astronave»* kirita, y un número regular de trasatlánticos detenidos en su ruta para el mismo fin, esperaban el momento en que la fantástica *«nave del espacio»* se elevaría para ascender al cielo y emprender su largo crucero cósmico hasta la remota lejanía donde gravitaba el planeta Kiro.

También habían llegado barcos de guerra representando a todas las flotas de los países miembros de la ONU, y por último, centenares de aviones que pasaban en sucesivas oleadas, en correcta formación, rindiendo el homenaje de su despedida al coloso que se preparaba a ascender al espacio.

Sobre la enorme *«meseta»* que formaba la cubierta de la *«astronave»,* varios helicópteros se hallaban posados. Unos batían ya sus aspas para despegar. Otros se disponían a hacerlo.

Era la hora de las despedidas de los efusivos apretones de manos, de las risas breves y nerviosas en los corros de pigmeos y gigantes junto a las portezuelas de los aparatos. Los kiritas, en sus dos breves meses de estancia en la Tierra, habían ganado muchos y muy buenos amigos. Y también los terrícolas se habían ganado el afecto sincero de los fabulosos kiritas astronautas, aunque sin duda iban a experimentar innegable alivio al verles marchar...

Allí, en el extremo de la cubierta, Dudley Davies y la bella y delicada Darine se despedían. Dudley, mirando hacia el horizonte donde se destacaba la mole maciza y gris de los acorazados y portaaviones americanos, había quedado silencioso. Había algo que pugnaba por decir y no podía. Finalmente, posando sus ojos en el pálido rostro de la rnujercita alzado hacia él, murmuró entrecortadamente:

-La Tierra va a quedar muy vacía sin su presencia, Darine. Muy sola en especial para mí. Muy vacía sin la presencia de usted.

-¡Dudley! -exclamó la muchachita sorprendiéndose. Pero al mismo tiempo su bonito rosero de muñeca se cubrió de rubor.

-Darine -dijo Dudley venciendo al fin su embarazo--. ¿Desea tanto emprender ese largo viaje que acaso no tenga fin para usted? ¿Por qué no se puede quedar aquí..., en la Tierra?

-Usted no, dirá eso en serio, Dudley.

-¡Pues claro que hablo en serio! -exclamó Dudley exasperadamente-. ¿Qué atractivos presenta para usted un viaje de sesenta años por el espacio, encerrada entre los muros de hierro de esta maldita caja, expuesta a chocar en cualquier momento con un aerolito de buen tamaño y desintegrarse a tan tremenda velocidad? No vivirá seguramente cuando su *«auto-planeta»* rinda viaje en Kiro. Y si sobrevive a los años y a las peripecias del viaje, será una vieja cuando llegue allá. ¿No podría ser feliz aquí también, en la Tierra?

-¿Y qué haría yo aquí, Dudley?

-Muchas cosas. Por ejemplo, casarse conmigo y ser mi mujer.

-¡Dudley! -exclamó la mujercita mirándole con pupilas brillantes de lágrimas.

-¿He dicho algo monstruoso? -inquirió Dudley, profundamente incomodado, irritado consigo mismo-. No crea que no lo haya meditado. Sé bien lo que podría esperar de un matrimonio entre seres tan desiguales. Pero pasaría por todo, Darine..., con tal de no perderla a usted. En todas estas semanas..., en este par de meses que hemos pasado juntos..., he aprendido a admirarla y quererla. ¡La amo, Darine! La vida va a serme insoportable sin usted.

-Calle. ¡Oh, calle..., loco! -exclamó la muchachita. Y de pronto se echó a llorar. Esto fue tan nuevo para el marino, que nunca la había visto derramar una lágrima, que le dejó en suspenso y maravillado. Ella continuó-: No sabe lo que dice. Por supuesto, no hay barrera que impida a dos almas quererse, aunque medie entre sus cuerpos un abismo físico. Yo también le amo a usted, Dudley...

-¡Darine! -exclamó el capitán alargando sus manos para cogerla.

Pero ella dio un paso atrás y le miró fija y severamente, con dureza, y casi con enemistad.

-No pierda la cabeza, Dudley -dijo serenamente-. Eso que los dos queremos es un imposible.

-¿Por qué, Dios mío? -protestó Dudley sintiéndose morir-. No hay tan gran abismo entre nosotros dos. Ambos iguales en cuerpo y espíritu...

-Sí, pero yo soy una enana.

-¡No diga eso, Darine!

-Bien. Digamos entonces que usted es un gigante. No, amigo mío. Eso es imposible. Reconózcalo. Un hombre y una mujer no pueden unirse solamente por la atracción de sus espíritus. La carne tiene sus exigencias también. Y luego..., piense, Dudley, lo que sería su vida unido a una enana. Usted llegaría a avergonzarse de su pequeña mujer. Sus amigos se le burlarían. Y yo..., yo..., ¡piense también en mí, Dudley! -exclamó la muchachita con energía, en tanto las lágrimas resbalaban silenciosas por sus mejillas de porcelana-. ¿Qué sería de mí si usted me abandonase...,

luego de haber renunciado a mi mundo por usted?

-Darine... -murmuró Dudley aplastado.

Ella le tendió bruscamente su manita, sonriéndole a través de sus lágrimas.

-No hablemos más de ello, Dudley. Vamos a despedirnos como dos buenos amigos..., como lo único que en realidad podemos ser. ¿Sí?

El la miró sombríamente, sin tomar la mano que ella le ofrecía.

En este momento, de algún lugar de las entrañas del *«autoplaneta»*, se elevó el potente y ensordecedor aullido de una sirena. Éste sonido, brutal y desagradable, estremeció a Dudley Davies como una descarga eléctrica de pies a cabeza.

Darine dejó caer su brazo fláccidamente a lo largo de su costado. Levantó el rostro.

-¿Quieres darme un beso, Dudley?

Erguido, rígido, permaneció el marino un minuto. Luego, todos sus músculos se fueron aflojando. Algo cedía dentro de él. Comprendía la imposibilidad de unirse a Darine, como la había reconocido siempre aunque a última hora quiso rebelarse contra aquel fatal destino. Rápidamente se inclinó y depositó un beso sobre los labios de la mujercita.

-Basta, Dudley. Adiós -dijo ella rápidamente.

-¡Darine!

El marino corrió unos pasos tras ella. Alguien le retuvo por un brazo. Se volvió encontrándose ante el grave rostro de su tío Perry. El almirante sonrió con tristeza.

-Déjala ir, Dudley. Sé lo que estás pasando. Pero es mejor así.

Dudley inclinó la cabeza dejando escapar un suspiro. Se dejó llevar sin protestas hasta el pie del helicóptero. Las grandes palas del rotor empezaron a remover el aire por encima de su cabeza. Dudley levantó sus ojos.

El último helicóptero era el suyo. Todos los demás habían partido ya, y en la enorme cubierta solo quedaban unos cuantos kiritas saludando con la mano a los aparatos que se alejaban. Darine, un poco apartada, permanecía sola mirándole a él sombríamente. De pronto levantó una mano e hizo una leve y melancólica seña.

-Vamos, Dudley-era el almirante Davies que le empujaba por detrás.

Dudley trepó al aparato. Su tío subió tras él. Cerróse la portezuela de golpe. El motor rugió y el helicóptero se elevó rápidamente alejándose hacia el mar. Dudley miró a través de los cristales de la ventanilla. Allá abajo se empequeñecía la esbelta figura de Darine. La estuvo mirando hasta que las lágrimas enturbiaron la imagen ante sus ojos.

Cuando sobreponiéndose a su emoción volvió a mirar, kiritas y cubierta estaban lejos confundidos en un borrón gris.

Poco después, el aparato se posaba en la cubierta del portaaviones «*Forrestal*». Al detenerse el aparato y saltar a tierra, Dudley fue sorprendido por un formidable estrépito de pitos y sirenas. En la cubierta del barco, los marineros gritaban agitando sus gorras en el aire. Dudley volvió sus ojos hacia la *«astronave»*.

La *«astronave»,* que llevaba toda una hora elevándose suave y lentamente del agua, tenía ya fuera de ésta, toda su enorme mole. Había tenido que hacerlo así para, en su despegue, no arrastrar a todos los barcos que acudieron a despedirle al seno del gigantesco remolino que hubiera originado al salir bruscamente del agua.

Ahora ya era visible su fondo. El «*Forrestal*», al igual que todos los barcos, daba la popa a la *«astronave»* y hacía girar sus hélices, a fin de vencer la fuerza de la corriente que tendía a arrastrarle hacia el remolino que, aun así, había formado bajo la nave del espacio.

Ya por completo fuera del agua, la *«astronave»,* más impresionante que nunca con sus descomunales proporciones al aire, empezó a elevarse rápidamente. Los marineros saludaron con vítores y todas las sirenas de los buques continuaron sonando por espacio de diez minutos, hasta que aquel gigantesco disco empezó a achicarse en la distancia y la altura, acelerando rápida y constantemente.

-¡Adiós! ¡Adiós! -gritaban los marineros. Y muchos, ya cansados de vitorear y agitar las gorras, iban quedando quietos y mudos con los ojos puestos en lo alto.

Después de otros cinco minutos, las sirenas ya habían callado y un silencio impresionante reinaba a bordo del buque.

-Bueno -suspiró el almirante Davies junto a su sobrino-. Ya se fueron.

-Sí -dijo Dudley sombríamente.

-¡Hombre, Dudley! -protestó el almirante-. No hay por qué ponerse así. Habrás olvidado a esa chica antes de un año.

-Un año -murmuró Dudley pensativamente-. Cuando Darine lleve un año de viaje hacia Kiro, aquí en la Tierra habrán transcurrido cien, y yo ya me habré muerto. Ella será todavía joven y bonita cuando yo haya muerto viejo y rodeado de nietos. Y si ella sigue recordándome otros diez años, en la Tierra habrán transcurrido mil años..., y este Dudley Davies todavía será recordado cuando en la Tierra no quede recuerdo ni cenizas de él. ¿No es terrible?

-¿Terrible?-murmuró el almirante-. No sé. En todo caso, no es malo pensar en que dentro de mil años, habrá todavía una mujercita joven y hermosa que le recuerde a uno.

La *«astronave»* era ya un punto diminuto en el cielo y los marineros se movían a sus ocupaciones habituales a bordo de un buque de guerra. Todo volvía a su normalidad. Los extraños visitantes del espacio habían partido y

en la Tierra no quedaban ya siquiera señales de su paso.

La Tierra se quedaba sola de nuevo con sus viejos problemas. En el corazón de Dudley Davies quedaba un inmenso vacío.

F I N

ÍNDICE

¡UN GRAVISIMO PELIGRO AMENAZA A LA TIERRA!

La raza humana está siendo presa de los formidables poderes mentales de un habitante de las remotas profundidades galácticas. Nada puede oponerse a su arrollador dominio, salvo...

"MARIONETAS HUMANAS"

es la fantástica novela del escritor

VIC ADAMS

¿Cómo podían los terrestres resistir con sus débiles fuerzas al ser capaz de obligarles con una orden mental a realizar los más horribles crímenes o sujetarles en abyecta servidumbre?

"MARIONETAS HUMANAS"

Convencerá a usted de que para la fértil inventiva terrestre nada hay imposible y que la Humanidad no puede ser subyugada fácilmente.

¡No deje de adquirir esta obra maestra de «Science-fiction», salida de la pluma de su autor predilecto!, que se publicará en el próximo número de esta interesante Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas*.